

# LA LIBERACIÓN DE LA SOLEDAD Y EL VACÍO EN EL PENSAMIENTO DE KRISHNAMURTI

MANUEL SUANCES MARCOS

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

RESUMEN: La vivencia de la soledad y el vacío es uno de los más graves problemas de la existencia humana. Es algo que estructuralmente abruma, ahoga y veta la felicidad. Krishnamurti muestra con especial finura los matices de esta destructora realidad. Para no confundirse distingue esta soledad, objeto del estudio, que es la soledad aislante y perturbadora de la otra soledad creativa y plena. Las distingue con las dos palabras inglesas «loneliness» y «alone» respectivamente. En primer lugar analiza a fondo el hecho mismo de la soledad, la conciencia de nuestra vacuidad: cómo la vivencia e incomunicación resulta insostenible. Este sentimiento de no encajar en nada y sentirse separado es patrimonio de todo ser humano. Afecta a todos y siempre. Es como una agonía que sacude al hombre y le lleva a múltiples formas de huida: actividad obsesiva, pertenencia a personas, grupos, nación, religión, apego a familia, amigos, ideales. Ninguna de esas salidas soluciona el problema, sino que más bien lo ensancha. Aborda después las causas de esta soledad y vacío y así aparecen las malas relaciones de dependencia, la actividad egocéntrica y el apego al pasado. Y a partir de aquí se aborda el reto que plantea el problema. A ese reto hace frente la comprensión de la soledad y el vacío, viéndolos y observándolos desde dentro, no desde fuera. Son algo de nosotros mismos. Somos la soledad y el vacío. De esa comprensión que conlleva comunión con el problema emerge una forma amorosa que transforma esa soledad en espacio de silencio, belleza y amor. Y así aparece la soledad creativa que en silencio, vincula al hombre, con todo, y con todos, con el universo entero.

PALABRAS CLAVE: Krishnamurti, soledad, vacío, amor.

## *Release of solitude and the vacuum in the philosophy of Krishnamurti*

ABSTRACT: The experience of loneliness and emptiness is one of the most serious problems of human existence. It's something structurally overwhelming, suffocating and an impediment to happiness. Krishnamurti shows with special finesse the nuances of this destructive reality. To avoid confusion, he distinguishes this solitude, the object of study, which is the insulating and disturbing solitude from the other full and creative solitude. Distinguishes the two English words «loneliness» and «alone» respectively. The author analyzes in depth the very fact of loneliness, awareness of our emptiness: how the personal experience and isolation is unbearable. This feeling of not fitting in and feeling alone is a heritage of every human being. It affects everyone and forever. It's like an agony that shakes the man and leads to multiple forms of escape: obsessive activity, belonging to individuals, groups, nation, religion, attachment to family, friends, ideals. None of these outputs solve the problem, but rather deepen it. He then addresses the causes of loneliness and emptiness such as the poor relations of dependency, self-centered activity and attachment to the past. And from here he addresses the challenge posed by the problem. A challenge that is overcome by understanding loneliness and emptiness, seeing them and watching them from within, not from outside. They are something of ourselves. We are the loneliness and emptiness. From that understanding that leads to communion with the problem emerges a loving way that transforms this solitude an space of silence, beauty and love. And thus appears creative aloneness that in silence links man with everything and everyone, with the entire universe.

KEY WORDS: Krishnamurti, loneliness, emptiness, love.

## INTRODUCCIÓN

Jiddu Krishnamurti ha pasado a ser uno de los gigantes espirituales del siglo xx. Muerto a finales de ese siglo, sus enseñanzas están impregnando las mentes y culturas de todo el mundo. Es un faro espiritual al que acuden todo tipo de personas. Hombres de diversas edades, países, naciones, ideologías y religiones acuden a él en búsqueda de orientación en medio de una marea de problemas sin número. La economía, la política, la emigración, los fundamentalismos, las comunicaciones con sus potentes medios como la informática, la TV, etc., han trastocado viejos sistemas de valores y se advierte un hambre de orientación y valores nuevos para abordar esta vida postmoderna.

En este horizonte, la figura de Krishnamurti adquiere un singular relieve. Conoce esos problemas. Ha dialogado con científicos, filósofos, políticos y religiosos y sabe de toda esa problemática a través de representantes de primera mano. El ser humano se siente perdido ante tanta convulsión. Y él, hombre atentamente amoroso a ese ser humano, lo ha visto más allá de las circunstancias pasajeras y secundarias. Ha ahondado en la problemática esencial a todo hombre. Y uno de los problemas característicos de esta época postmoderna es una soledad y aislamiento en medio de esta aparatosa profusión de medios de comunicación. El hombre de hoy vive abigarrado, apretujado en medio de multitudes. Y esto tanto en el trabajo como en la diversión y en la vida entera. Parece, pues, una contradicción: estar siempre rodeado de gente y sentirse internamente solo. Y es aquí donde Krishnamurti agudiza su discernimiento para diagnosticar la enfermedad y apuntar el remedio. El hombre se juega demasiado en ello: su felicidad.

### 1. EL HECHO DE LA SOLEDAD: CONCIENCIA DE NUESTRA VACUIDAD

Antes de comenzar, es preciso hacer una aclaración terminológica. La palabra española «soledad» tiene dos significados completamente distintos para los que el idioma inglés, que es el que usa Krishnamurti, utiliza dos palabras diferentes. La primera es «loneliness»: es la soledad doliente del que se siente aislado y separado de todo. De esta es de la que se trata en este trabajo; a veces en español se la llama «solitud». La segunda es «alone»: es la soledad creativa e inteligente que denota plenitud humana. En este trabajo se aludirá a ella denominándola soledad creadora u otro epíteto similar.

A la soledad primera, dolorosa, objeto de este trabajo, se la llamará simplemente «soledad». Krishnamurti, como siempre, se atiene casi obsesivamente a su realidad, a su existencia, al hecho mismo. ¿Qué es la soledad? ¿Qué significa sentirse solo? ¿Por qué no hay modo de llenar nuestro vacío interno? Esa soledad aparece repentinamente sin saber cómo ni por qué:

«No sé si se ha sentido sólo alguna vez, cuando repentinamente se da cuenta, no de modo intelectual sino de hecho, de que no tiene relación alguna con nadie y que está completamente aislado, algo que es tan concreto como este

micrófono. Toda clase de pensamiento y de emoción está bloqueada. No hay nadie a quien recurrir. Los dioses, los ángeles, todos han desaparecido más allá de las nubes y, al igual que las nubes se desvanecen, ellos también se han desvanecido. Usted se siente completamente solo» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 81).

Krishnamurti va a ir definiendo poco a poco los matices de este tremendo sentimiento. Insiste ahora en la sensación de aislamiento que lleva consigo:

«El sentimiento de soledad es esta sensación de estar completamente aislado de todo. No sé si lo ha sentido. Cuanto más despierto está, cuanto más está cuestionando, mirando, preguntando, exigiendo, tanto más se da cuenta de que en el fondo de su conciencia, en todos los niveles, se siente completamente incomunicado. Y ésta es una de las grandes aflicciones, no ser capaz de ir más allá de eso y estar atrapado en este tremendo sentimiento de soledad con su gran energía» (*Ibidem*, p. 81).

Ese aislamiento conlleva una vivencia de incomunicación que resulta intolerable. El ser humano siente a veces tal necesidad de estar unido a otros, que le resulta insoportable la incomunicación. Pero ese sentimiento de aislamiento puede darse perfectamente cuando estamos rodeados de gente, incluso de familia o amigos:

«¿Se han sentido solos alguna vez? Saben lo que eso significa? Significa no tener relación alguna con nadie, estar completamente aislados. Uno puede estar acompañado de su familia, encontrarse en medio de una multitud, en la oficina, donde fuere, cuando súbitamente se abate sobre uno esta sensación desesperada de total y absoluta soledad. Hasta que no resolvamos completamente eso, nuestra relación se vuelve un medio de escape y, en consecuencia, conduce a la corrupción y la desdicha» (*El amor y la soledad*, pp. 93-94).

Esa soledad o estado de aislamiento existe cuando uno, como entidad, no encaja en nada, cuando se siente aislado de su grupo, de su ambiente, de su país, de su pareja, de sus hijos:

«Una de las principales razones por las que sufrimos es el sentido de aislamiento, el sentimiento de total soledad. O sea, el sentir que uno no tiene nada de qué poder depender, que no tiene relación con nadie, que se halla totalmente aislado. Ustedes han experimentado este sentimiento, estoy muy seguro. Uno puede estar con su familia, en un autobús, o en una reunión y tiene instantes de una extraordinaria sensación de aislamiento, de carencia, de total insignificancia» (*Ibidem*, p. 184).

De esta experiencia nadie se libra. Tanto los que se sienten felices como desgraciados. No hay excepción, es patrimonio del ser humano:

«¿Qué entendemos por soledad? Es una sensación de vacío, de no tener nada, de estar extraordinariamente inseguros, sin puerto donde anclar. No es desesperación ni falta de esperanza, sino una sensación de vacuidad, de vacío, y de frustración. Estoy seguro de que hemos sentido esto, tanto los felices como los desdichados, tanto los muy activos como los que tienen el vicio del saber. Todos conocemos esto. Es una sensación de dolor real e inextinguible, un dolor que no se puede disimular aunque lo intentemos» (*La libertad primera y última*, p. 173).

Pero no sólo nos afecta a todos, sino que nos afecta siempre. Está ahí al acecho para saltar en cualquier momento. Naturalmente que intentamos rehuirla, pero es imposible:

«¡Qué cosa tan extraña es la soledad, y cuán terrorífica es! Jamás aceptamos acercarnos demasiado a ella; y si por causalidad lo hacemos, prontamente volvemos a alejarnos. Haremos cualquier cosa por huir de la soledad, para encubriarla. Nuestra preocupación consciente e inconsciente parece ser evitarla o superarla. Tanto el evitar la soledad como el superarla resulta igualmente fútil; suprimida u olvidada, la pena, el problema, está todavía allí. Podéis perderos en una muchedumbre, y sin embargo hallaros completamente solitarios; podéis estar intensamente activos, pero la soledad silenciosamente se apodera de vosotros; dejad el libro, y está allí. Las diversiones y las bebidas no pueden sofocar la soledad; podéis eludirla temporariamente, pero cuando la risa y los efectos del alcohol han desaparecido, el temor a la soledad vuelve. Podéis ser ambiciosos y afortunados, podéis ejercer amplio poder sobre otros, podéis ser ricos en conocimientos, podéis practicar el culto y olvidaros de vosotros mismos en la confusión de los ritos; pero hagáis lo que hiciereis, el dolor de la soledad continúa. Podréis existir sólo para vuestro hijo, para el Maestro, para la expresión de vuestro talento; pero como la oscuridad, la soledad os envuelve. Podéis amar u odiar, escapar de ella conforme a vuestro temperamento y a vuestras exigencias psicológicas; pero la soledad está ahí, esperando y acechando, retirándose sólo para acercarse de nuevo» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.<sup>a</sup> parte, p. 95).

Y este sentimiento arraiga en nosotros desde la infancia. También cuando éramos niños sentíamos la soledad. Así se expresa un hombre adulto y formado que pide ayuda a Krishnamurti en medio de su soledad:

«Puede ser que yo haya sido inducido a sentir ciertas cosas por mis lecturas y por los pensamientos basados en ellas; pero aparte de todo eso, he sentido vagamente desde la niñez, como en un sueño, la existencia de este vacío. Siempre ha habido una intimación de él, un sentimiento nostálgico por ello; y al avanzar en años, la lectura de varios libros religiosos sólo reforzó este sentimiento, dándole más vitalidad y efectividad» (*Comentarios sobre el vivir*, 2.<sup>a</sup> parte, p. 240).

La soledad y el vacío nos afecta a todos y siempre. Pero ahora Krishnamurti señala el dolor, la agonía, que ese sentimiento lleva consigo. Es como una enfermedad. Y cuanto más conscientes somos de ella, tanto mayor es su dolor:

«Estemos o no conscientes de ello, casi todos somos seres solitarios, aislados en nosotros mismos; cuanto más advertimos eso, tanto más intenso, ardiente y doloroso se vuelve. Los inmaduros se satisfacen fácilmente en su soledad, pero cuanto más consciente es uno, mayor es este problema. No hay forma de escapar de la dolorosa sensación de soledad, ni puede ella ser superada mediante la irreflexión, la ignorancia; la ignorancia, como la superstición, reditúa ciertas satisfacciones, pero éstas solamente fomentan el conflicto y el dolor» (*Obras completas*, tomo IV, *El observador es lo observado*, p. 49).

Hay ciertos momentos en que esa soledad se convierte en una agonía. Recién viuda, una mujer ya mayor, de setentay cinco años, acude a Krishnamurti en demanda de un poco de bálsamo para ese dolor de soledad. Así se expresa la mujer:

«Cuando los chicos crecieron, estudiaron y empezaron a vivir por su cuenta —aunque uno de mis hijos aun vive conmigo—, mi marido y yo vivimos tranquilamente hasta que él murió hace cinco años. Desde su muerte, esta sensación de estar sola me ha invadido con más frecuencia; ha ido aumentando gradualmente, hasta que ahora estoy plenamente sumida en ella. He tratado de eludirla haciendo *puja*, hablando con alguna amistad, pero siempre está allí; y es una agonía, una cosa tremenda...

Es difícil expresar ese sentimiento en palabras, pero trataré de hacerlo. Es un miedo que viene cuando una siente que está completamente sola, enteramente consigo misma, aislada por completo de todo. Aunque estaban allí mi marido y mis hijos, esta ola me alcanzaba, y yo me sentía como si fuera un árbol muerto en un desierto; solitaria, no amada, ni amante. La agonía de eso era mucho más intensa que la de dar a luz un niño. Era tremendo y cortaba el aliento; yo no pertenecía a nadie; había una sensación de aislamiento completo. ¿Comprendéis, verdad?» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.ª parte, pp. 152-153).

La mayoría de los hombres pasan por este trance. Krishnamurti lo compara al dolor de la muerte. Y apunta la causa última de ese dolor: la actividad egocéntrica que centra el problema:

«Esta soledad es una especie de muerte. Hay muerte no sólo cuando se termina la vida, sino cuando no hay respuesta, no hay salida. Eso también es una forma de muerte: estar interminablemente en la prisión de la propia actividad egocéntrica, cuando uno está atrapado en sus propios pensamientos, en su propia agonía, en sus propias supersticiones, en su mortífera y diaria rutina del hábito» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 82).

Pero Krishnamurti sigue sondeando este problema de la soledad y añade ahora un nuevo matiz: el miedo que provoca en nosotros. Cuando somos presa de la soledad, nos asustamos y queremos salir de ese estado a toda costa. Creemos enloquecer y buscamos seguridades o salidas por doquier. Es la vivencia de una vacuidad interna que resulta asfixiante:

«Pienso que la mayoría de nosotros siente esto; casi todos tenemos una gran sensación de vacuidad, una gran sensación de soledad. Procuramos evitarla, escapar de ella, encontrar seguridad, permanencia, lejos de esta angustia. O intentamos librarnos de ella analizando los múltiples sueños, las distintas reacciones. Pero siempre esta ahí, eludiéndonos, sin que pueda ser resuelta tan fácilmente, tan superficialmente. Casi todos somos conscientes de esta vacuidad, de esta soledad, de esta angustia. Y, por tener miedo de ella, buscamos la seguridad, un sentido de permanencia en las cosas o en la propiedad, en las personas o en la relación, así como en las ideas, las creencias, los dogmas, el nombre, la posición social y el poder» (*Obras completas*, tomo IV, *El observador es lo observado*, p. 227).

Esa vacuidad es una sensación de carencia interna de la que se está siempre tratando de huir, creando así el temor de no lograrlo por completo. El miedo a esa soledad interna es el motor que busca diversos paliativos y escapes pero que no los resuelven. La primera reacción a ese miedo es encontrar a alguien que alivie el dolor. Pero esa relación es una falsa salida porque se convierte en un apego al que nos aferramos con intensidad:

«Sintiéndome, pues, solo, quiero encontrar a alguien o alguna idea por cuyo intermedio pueda ser dichoso. Pero la soledad permanece siempre; está siempre ahí, escondida. Y como me atemoriza o ignoro cuál es la naturaleza íntima de esta soledad, quiero encontrar algo a qué aferrarme. Así, pues, pienso que por medio de algo, por medio de una persona, seré feliz. De este modo, mi mente está siempre ocupada en encontrar algo. Por medio de muebles, de una casa, de libros, de personas, de ideas, rituales, símbolos, abrigo la esperanza de lograr algo, de hallar la felicidad. Y así es como las cosas, las personas, las ideas, se tornan extraordinariamente importantes porque a través de ellas espero encontrar lo que busco. Por lo tanto, empiezo a depender de ellas» (*El amor y la soledad*, pp. 164-165).

Y es aquí, después de este texto, donde Krishnamurti se detiene. Porque es la piedra donde todos tropiezan y por ello impide la correcta salida. La verdadera solución al vacío y la soledad sería, desde este punto de vista, la auténtica comunicación, pero ésta falla desde el principio. Como ese último texto acaba de mostrar, buscamos ciegamente el apoyo de otros a nuestra soledad; entonces nos aferramos a esas personas y las convertimos en medios de salida del problema. Lo cual resulta contraproducente porque produce más bien el efecto contrario. Es decir, los apegos nos separan más, nos aíslan más:

«La mayoría de nosotros nos damos cuenta, cuando nos atrevemos a considerar el hecho, de que somos seres humanos terriblemente aislados, solitarios. Tanto si lo percibimos conscientemente como inconscientemente, queremos huir de ese hecho porque no sabemos qué puede haber detrás o más allá de él. Estando atemorizados, escapamos por medio del apego, de las actividades y de todas las formas de entretenimiento religioso o mundano. Esto es bastante obvio cuando uno lo observa en sí mismo. Nos aislamos mediante las actividades de cada día, por nuestra actitud y nuestro modo de pensar; aunque podemos tener una relación íntima con alguien, siempre estamos pensando en nosotros. El resultado de esto es más aislamiento, más soledad, una mayor dependencia de las cosas externas, mayores ataduras, y el sufrimiento que de ello emerge» (*La persecución del placer*, p. 171).

El hecho es que, con estos apegos, fomentamos la separación para huir de la soledad. Y así se justifica la pertenencia a la familia, nación, religión, etc., como baluartes que nos salvan del propio vacío. Y esto lo promueve la sociedad constantemente:

«¿No es esto lo que estáis haciendo efectivamente? En esta interrelación que se llama 'la sociedad', cada ser humano se está separando de los demás por su posición, por su deseo de fama, de poder, etc.; pero tiene que vivir en esta brutal relación con otros hombres como él mismo, de modo que a todo esto se lo justifica y se lo hace respetable con palabras que suenen agradablemente. En la vida cotidiana, cada uno se consagra a sus propios intereses, aunque sea en nombre del país, en nombre de la paz o de Dios, y así el proceso del aislamiento continúa. Se da uno cuenta de todo este proceso en la forma de intenso sentimiento de soledad, una sensación de completo aislamiento» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.<sup>a</sup> parte, p. 155).

Aquí es donde Krishnamurti pone el dedo en la llaga. Nuestras vidas están vacías porque nuestras relaciones han sido adulteradas. Utilizamos a los demás para nuestras carencias. No existe verdadera comunicación. Por eso, esas relaciones surten el efecto contrario al deseado. En vez de unirnos nos separan y así aumenta nuestro vacío existencial. Esas relaciones son humo sin llama, de modo que nos ofuscan más. La verdadera comunicación, el amor, son los que pueden llenar ese vacío:

«Pero todas estas cosas forman parte del proceso que nos aísla; por lo tanto, refuerzan ese proceso. Para la mayoría de nosotros, pues, la existencia es un proceso de aislamiento, de negación, de resistencia, de amoldamiento a un patrón fijo; y, naturalmente, en ese proceso no hay vida y, por ende, existe un sentimiento de vacuidad, de frustración. Por cierto, amar a alguien es estar en comunión con esa persona, no en un nivel particular sino completamente, integralmente, pródigamente; pero nosotros no conocemos un amor así. Conocemos el amor sólo como sensación: mis hijos, mi esposa, mi propiedad, mi conocimiento, mi logro; y esto es, nuevamente, un proceso aislador. Nuestra vida conduce, en todas direcciones, a la exclusión; es un movimiento de autoencierro del pensar y del sentir, y sólo ocasionalmente tenemos comunión con otra persona. Por eso existe este enorme problema» (*El amor y la soledad*, p. 41).

Krishnamurti ha descrito con profusión el sentimiento del vacío y la soledad. Y ya ha apuntado en los textos anteriores la falsa salida inmediata a la que recurre el ser humano: la huida, el escape. Se detiene ahora un poco en acabar de perfilar este problema. Caemos continuamente en el y es importante hacer luz en ello. Cuando la mente se da cuenta de la vacuidad, se produce un dolor extraordinariamente intenso. Y la reacción es escapar de él. Los modos de esa huida son muchos. Krishnamurti los cita continuamente y afectan a los diversos ámbitos de la conducta humana: el pensamiento, la actividad, el trabajo:

«Ahora bien, ¿qué es esta soledad de la que casi todos nosotros estamos conscientes? La conocemos y escapamos de ella, ¿verdad? Huimos hacia todas las formas posibles de actividad. Nos sentimos vacíos, solitarios, y tenemos miedo de eso, así que tratamos de encubrirlo por cualquier medio: la meditación, la búsqueda de Dios, la actividad social, la radio, la bebida o lo que fuere; haríamos cualquier cosa antes que afrontar el hecho de la soledad, estar con ella, comprenderla. Lo mismo da que escapemos mediante la idea de Dios o mediante la bebida. En tanto uno esté escapando de la soledad, no hay una diferencia esencial entre la adoración de Dios y la afición al alcohol. Socialmente, puede ser que haya una diferencia, pero psicológicamente, el hombre que escapa de sí mismo, de su propia vacuidad, y cuyo escape consiste en la búsqueda de Dios, se encuentra en el mismo nivel que el bebedor» (*El amor y la soledad*, pp. 69-70).

No hay, pues, diferencia entre las diversas formas de escapar de la soledad aunque unas sean tenidos socialmente por sublimes y otras por groseras. En el fondo se trata de lo mismo. Las relaciones humanas, el conocimiento y el acopio de experiencias son modos semejantes de distracción y huida de la vacuidad. Krishnamurti insiste:

«Como dije, casi todos somos conscientes de esta vacuidad y procuramos escapar de ella. Al hacerlo, establecemos ciertas seguridades, y entonces esas seguridades se vuelven en extremo importantes para nosotros, porque son los medios por los que escapamos de nuestra soledad, nuestra vacuidad o nuestra angustia personal. El escape puede ser un Maestro, puede ser la idea de que somos muy importantes, puede ser el entregar todo nuestro amor, nuestra riqueza, nuestras joyas, todo, a nuestra esposa, a nuestra propia familia; o puede ser la actividad social o filantrópica. Cualquier forma de escape respecto de esta vacuidad interna, se vuelve sumamente importante y, en consecuencia, nos aferramos con desesperación a ella. Los que están predispuestos religiosamente se aferran a su creencia en Dios, la cual encubre su vacuidad, su angustia; de este modo, su creencia, su dogma, se convierte para ellos en algo esencial y por estas cosas están dispuestos a pelear, a destruirse unos a otros» (*Obras completas, tomo VI, El origen del conflicto*, pp. 227-228).

Cualquier actividad humana puede ser una ocasión de escape del vacío interno. Por eso a veces nos entregamos con tanto ardor a ciertas cosas, no por el atractivo que tienen, sino porque nos ayudan a olvidarnos de la soledad: el trabajo, el conocimiento, la lectura, las ideas, las creencias, el ejercicio de la virtud, por supuesto la diversión y las relaciones sociales. Krishnamurti señala que el miedo a la soledad puede ser una de las causas que mueven a casarse:

«Después de todo, la mayoría se casa y busca otras relaciones sociales porque son pocos los que saben vivir solos. No es que uno tenga que vivir solo; pero si se casa porque desea que lo amen, o si está aburrido y usa su ocupación como un medio de olvidarse de sí mismo, encontrará que su vida no es otra cosa que una interminable búsqueda de distracciones» (*El propósito de la educación*, p. 214).

Todavía Krishnamurti da un paso más y apunta a que nuestra organización profesional y las pautas de lo que llamamos civilización se basan en acallar la soledad:

«No sé si han advertido todo esto. La mayoría de la gente está constantemente ocupada con algo —con el *puja*, con la repetición de ciertas palabras, con las preocupaciones acerca de esto o lo otro— porque casi todos tienen miedo de estar a solas consigo mismos. Traten ustedes de estar solos, sin ninguna forma de distracción, y verán lo rápidamente que desean escapar de sí mismos y olvidarse de lo que son. Es por eso que esta enorme estructura del entretenimiento profesional, de la distracción automatizada, constituye una parte tan prominente de lo que llamamos civilización. Si lo observan, verán cómo en todo el mundo la gente se está volviendo cada vez más hacia las distracciones, cada vez más sofisticadas y mundanas» (*El propósito de la educación*, p. 213).

Esta huida de la soledad y el vacío es en el fondo una huida de nosotros mismos, de lo que somos. Nuestro pensar y actuar forman parte de ese proceso de escape. ¿Podremos jamás llenar o encubrir ese vacío interior? Esta es la pregunta que afronta ahora Krishnamurti.



## 2. NUESTRA ACTITUD ANTE LA SOLEDAD Y EL VACÍO

¿Podemos llenar nuestro vacío interno? No. Lo hemos intentado de todas formas y ahí sigue. Es como un colador por el que pasa todo y nada retiene. Lo que echamos en él se va. No hay modo de colmarlo:

«Intentamos llenar este vacío con diversas clases de conocimientos, relaciones o cosas. ¿No es así? Ése es nuestro proceso, ésa es nuestra existencia. Ahora bien, cuando os dais cuenta de lo que hacéis, ¿seguís creyendo que podéis llenar ese vacío? Habéis probado todos los medios para llenar ese vacío de soledad. ¿Lo habéis logrado? Lo habéis intentado con el cine, sin éxito, y por eso seguís a vuestros *gurus* o a vuestros libros, u os volvéis muy activos socialmente. ¿Habéis conseguido llenar el vacío, o simplemente lo habéis ocultado? Si sólo lo habéis ocultado, ahí sigue; por lo tanto volverá» (*La libertad primera y última*, p. 174).

No podemos pues llenar el vacío. Más aún: lo que se hace para eliminarlo es contraproducente; porque con eso se le da más cobertura, se produce más aislamiento:

«Antes hice algo en relación con este vacío, escapé o traté de llenarlo, esas son otras formas de aislamiento. Así, pues, súbitamente comprendo que no puedo hacer nada; que cuanto más trato de hacer sobre ello, tanto más estoy creando y construyendo murallas de aislamiento. La mente misma se da cuenta de que no puede hacer nada, que el pensamiento no puede tocar esto, porque tan pronto lo toca, engendra vacío de nuevo» (*La libertad interior*, p. 79).

Así caemos en la cuenta y somos conscientes de que los diversos intentos por llenar ese vacío insondable han fracasado. Nos hemos apegado a una persona haciéndole lo más importante de nuestra vida; ésta sin aquélla no tendría sentido. Igualmente hemos probado con actividades sociales, con buenas obras; algunos han ingresado en monasterios y se han dedicado a meditar. Y tampoco.

Pues, si no se puede llenar ese vacío, ¿qué hacer? ¿Por dónde seguir? ¿Cómo orientarse?:

«Uno ha tratado de llenarlo con lo que se llama placer, con la autoexpresión, con la búsqueda de la verdad, de Dios; comprende que nunca podrá llenarse con nada, ni con la imagen que ha creado de sí mismo, ni con la imagen o idea que ha creado del mundo, con nada. Y así, uno ha utilizado la belleza, el amor y el placer para disimular este vacío. Y si no escapa más, sino que permanece con él, ¿qué va a hacer entonces? ¿Está clara la pregunta?» (*La libertad interior*, p. 77).

Pero antes de responder a esa pregunta, Krishnamurti sondea el alma del que la pregunta para ver sus recovecos; de forma que no parece tan simple la cuestión. Resulta que quizá no estemos tan interesados como parece; y así resulta grato seguir como estamos, en nuestro aislamiento:

«¿Cómo ir más allá de esta soledad, de este vacío, de esta insuficiencia y pobreza interna? Pienso que la mayoría de nosotros no quiere hacerlo. Casi todos estamos satisfechos de ser como somos; es demasiado agotador descu-

brir algo nuevo; de modo que preferimos seguir como estamos. Y ésta es la verdadera dificultad» (*El amor y la soledad*, p. 41).

Lo que hacemos ante el vacío es buscar seguridades que nos protejan. Con ello construimos muros a nuestro alrededor. Con ello nos sentimos satisfechos. Sólo ocasionalmente hay algún aldabonazo que nos sacude desde más allá del muro. Algunas crisis o perturbaciones que podrían cuestionar nuestro encierro, pero que sofocamos enseguida para no perturbar nuestra mortecina tranquilidad. En realidad lo que buscamos son sustitutos que sigan proporcionando seguridad y protección:

«Así que muy pocos de nosotros queremos realmente ir más allá de este proceso de autoencierro; todo lo que buscamos es una sustitución, la misma cosa en una forma diferente. Nuestra insatisfacción es muy superficial; queremos una cosa nueva que nos satisfaga, una nueva seguridad, una nueva manera de protegernos, lo cual es, nuevamente, un proceso de aislamiento. Lo que en realidad buscamos, no es ir más allá del aislamiento, sino fortalecer el aislamiento de modo tal que llegue a ser permanente e inalterado. Sólo muy pocos quieren abrirse paso y ver qué hay más allá de esta cosa que llamamos vacuidad, soledad. Aquellos que buscan una sustitución para lo viejo, se sentirán satisfechos descubriendo algo que les ofrezca una nueva seguridad» (*El amor y la soledad*, pp. 41-42).

Pues bien, para el que esté decidido a salir del autoaislamiento, se le plantea la pregunta formulada un poco más atrás. Si no podemos llenar ni salir del vacío, ¿qué podemos hacer? He aquí la primera respuesta de Krishnamurti. No intentar evadirse. Y se detiene en este punto porque es una postura tan inverterada en nosotros que parece invencible: huir de la soledad como sea y por los medios que sea. La vacuidad interior jamás puede encubrirse o llenarse. Sólo puede uno saber la verdad al respecto cuando no se evade, lo cual es extremadamente arduo. Es como el naufrago que tiene que aguantar y estar quieto sin agarrarse a nada:

«¿Puede, pues, llegar a encubrirse la vacuidad interior? Si lo habéis ensayado y habéis fracasado en el intento de encubrirla mediante una escapatoria, sabéis ciertamente que *todas* las evasiones son inútiles. ¿No es así? No necesitáis ir de una a otra evasión para ver que la insuficiencia psicológica jamás puede llenarse, encubrirse o enriquecerse. Comprendiendo cabalmente una escapatoria, compréndese todo el proceso de la evasión, ¿no es así?» (*Sólo la verdad trae libertad*, p. 60).

Por tanto, si las evasiones son inútiles y lo que hacen es agrandar el problema, todas ellas deben cesar:

«Si uno quiere, pues, comprender realmente esa cosa fundamental que llamamos soledad, toda evasión debe cesar; pero la evasión no cesa con la preocupación, con la búsqueda de un resultado, ni por la acción de ningún deseo. Hay que percibir que, si no se comprende la soledad, toda forma de acción es una distracción, una escapatoria, un proceso de autoaislamiento que sólo origina más conflicto, más desdicha. Es esencial ver ese hecho, pues sólo entonces puede uno enfrentar la soledad» (*Sólo la verdad trae libertad*, p. 137).

Lo primero que señala Krishnamurti para poder alzar el vuelo de este aparente callejón sin salida es si podemos ser conscientes de nuestra soledad, darnos cuenta de nuestra continua actitud de huida:

«La dificultad, con la mayoría de nosotros, es que no nos damos cuenta de nuestros escapes. Estamos tan condicionados, tan acostumbrados a los escapes, que los tomamos por realidades. Pero si nos examináramos más a fondo, veríamos cuan extraordinariamente solitarios y vacíos somos bajo la cubierta superficial de nuestros escapes. Conscientes de esa vacuidad, la disimulamos constantemente con diversas actividades, ya sean artísticas, sociales, religiosas o políticas. Pero la vacuidad jamás puede ser disimulada de manera decisiva; debe ser comprendida. Para comprenderla, tenemos que darnos cuenta de estos escapes, y cuando comprendamos los escapes, seremos capaces de enfrentarnos a nuestra vacuidad» (*Obras completas*, tomo VI, *El origen del conflicto*, p. 229).

Dada la importancia de la toma de conciencia, Krishnamurti añade algo que parece incomprensible: mas vale no encontrar escapes. Así se lo hace ver a aquella anciana viuda que acude a él con este problema:

«El no haber encontrado un escape puede ser vuestra salvación. En su miedo de estar solos, de sentirse aislados, algunos se dan a la bebida, otros toman drogas, y muchos acuden a la política, o encuentran algún otro medio de evasión. Véis pues que tenéis la suerte de no haber encontrado un medio de eludir esto. Los que lo eluden hacen mucho daño en el mundo; son personas realmente perniciosas, porque dan importancia a las cosas que no son de la más elevada significación. A menudo, siendo muy hábiles y capaces, esas personas seducen a otras, por su devoción a la actividad que es su evasión; si no es la religión, es la política, o la reforma social, cualquier cosa para escapar de sí mismos. Puede parecer que no son egoístas, pero en realidad todavía se interesan en sí mismos, aunque de un modo diferente. Se convierten en líderes, o en seguidores de algún maestro; siempre pertenecen a algo o practican algún método, o persiguen algún ideal. Nunca son simplemente ellos mismos; no son seres humanos, sino rótulos. Véis, pues, lo afortunada que sois por no haber encontrado escape» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.<sup>a</sup> parte, pp. 153-154).

¿Puede la mente darse cuenta de la propia vacuidad? Es muy difícil ser plenamente consciente de ese hecho. Porque siempre estamos tratando de huir de él y conseguimos escapar momentáneamente refugiándonos en cualquier distracción. Todavía añade Krishnamurti un matiz en este proceso: hasta la misma indagación de cómo la mente puede dejar de escapar, se convierte a su vez en otra evasión:

«¿Puede la mente dejar de fugarse, de escapar y no limitarse a preguntar cómo dejar de huir? Porque la misma indagación sobre cómo la mente puede dejar de escapar se convierte en otra evasión. Si sé que cierto sendero no conduce a ninguna parte, no pongo el pie en ese sendero; no se plantea ninguna cuestión de cómo dejar de caminar en él. De manera similar, si sé que, por mucho que me fugue, ninguna evasión solucionará nunca esta soledad, esta vacuidad interior, entonces dejo de escapar, dejo de estar distraído» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 85).

Krishnamurti ha dejado bien aclarado el problema de la evasión del vacío. No ha dejado resquicio. Pero ahora, para seguir componiendo, mira no ya las meras fugas, sino las falsas salidas o soluciones al problema.

En primer lugar, la solución no es buscar explicaciones teóricas, o sea elaboraciones sofisticadas de la mente. Eso contribuye más al aislamiento. Tampoco es solución una reacción contra la soledad que busque enseguida hacer cosas útiles para los demás, es decir, plantarle cara haciendo lo contrario. Así responde Krishnamurti a un oyente que le hace esta pregunta:

PREGUNTA: «En momentos de un gran vacío, cuando uno piensa en la inutilidad de su propia existencia, busca lo opuesto, o sea, ser útil a los demás. ¿no es eso escapar del conflicto? ¿Qué debo hacer en tales momentos? Por lo general, ocurren después de oír sus pláticas y llegan como una sensación de remordimiento. ¿Qué piensa usted de todo esto?».

KRISHNAMURTI: «Si usted tan sólo reacciona a mis pláticas y no comprende profundamente, a través de su acción, de su vida, lo que digo, entonces sólo es consciente de su propio vacío, de su propia superficialidad; por lo tanto, piensa que debe desarrollar lo opuesto, lo cual no es sino un escape. A través de la acción, que no es un escape por medio de la actividad, este vacío deja paso a la verdadera realización. No se preocupe acerca de esta infelicidad y superficialidad; cuando la mente se libera de las limitaciones que ella misma se ha impuesto, entonces existe la riqueza de la plenitud» (*Obras completas*, tomo II, *¿Qué es la recta acción?*, p. 231).

Está claro que la verdadera acción respecto a la soledad no es la que sale espantada de percibir el problema, sino la que emana de la comprensión de éste, sin la erosión de la respuesta reactiva. Es respuesta en plenitud, no reacción miedosa a algo problemático.

De igual manera aborda Krishnamurti la inutilidad del recurso a la autoridad y la tradición para enfocar el vacío. No vale lo que sugieren los maestros, las Escrituras, etc. Si uno no lo ha descubierto por sí mismo, lo demás es inútil. He aquí también el coloquio de Krishnamurti con un hombre maduro y formado que le pide orientación en su vivencia de vacío:

O.: «Deseo que me habléis del inmensurable vacío —siguió diciendo—. He sentido ese vacío y creo que he llegado a tocar sus lindes en mis andanzas y meditaciones». Luego citó una sloka, para explicar y corroborar su experiencia.

K.: Si puedo señalarlo, la autoridad de otro, por grande que sea, no es prueba de la verdad de vuestra experiencia. La verdad no necesita ser probada por la acción, ni depende de ninguna autoridad; dejemos, pues, a un lado toda autoridad y tradición, y tratemos de hallar nosotros mismos la verdad de este asunto.

O.: «Esto me resultaría muy difícil, porque estoy impregnado de tradición, no de la tradición del mundo, sino de las enseñanzas del *Gita*, los *Upanishads*, etc. ¿Está bien que abandone todo eso? ¿No sería ingratitud por mi parte?»

K.: En esto no están implicadas en forma alguna ni gratitud ni ingratitud; nos interesa descubrir la verdad o la falsedad de ese vacío de que habéis hablado. Si camináis por la senda de la autoridad y la tradición, que es conocimiento, experimentaréis sólo lo que deseáis experimentar, ayudado por la autoridad

y la tradición. No será un descubrimiento; será lo ya conocido, una cosa que se reconoce y se experimenta. La autoridad y la tradición pueden ser falsas, pueden ser una consoladora ilusión. Para descubrir si ese vacío es verdadero o falso, si existe o si es sólo otra invención de la mente, ésta tiene que librarse de la red de la autoridad y la tradición (*Comentario sobre el vivir*, 2.<sup>a</sup> parte, p. 239).

No se olvide que Krishnamurti incluye en este apartado el recurso extrínseco a lo divino como ayuda para superar la soledad interior. Él insiste en que estos recursos son una proyección del yo que es preciso vigilar.

Si la autoridad es inútil para solventar la soledad, también lo es el propio esfuerzo o voluntad. Igualmente estas son maniobras del yo que no sólo no despejan el vacío, sino que lo aumentan:

«¿Podéis sobreponeros a la soledad? Todo lo que sojuzguéis tendrá que ser vencido una y otra vez, ¿no es así? Aquello que comprendéis termina, pero lo que vencéis nunca puede llegar a su fin. El proceso combativo no hace más que alimentar y fortalecer aquello contra lo cual batalláis» (*Sólo la verdad trae libertad*, p. 136).

Por tanto, lo importante no es sobreponerse a la soledad, sino comprenderla. Tras la voluntad y el esfuerzo late la búsqueda de resultados y eso resta comprensión al problema que es lo fundamental.

Bien, pues ahora Krishnamurti habiendo puesto de relieve tanto la inutilidad de la huida, como la de otras salidas de la soledad, apunta lo que se deduce de ello: no queda más remedio que afrontar directamente la soledad y el vacío:

«Nuestra dificultad, pues, es tornarnos conscientes de este vacío, de esta soledad. Nunca estamos frente a frente con la soledad. No sabemos qué aspecto tiene, cuáles son sus cualidades, porque siempre estamos huyendo de ella, apartándonos, identificándonos. Jamás la enfrentamos directamente, jamás entramos en comunión con ella» (*El amor y la soledad*, p. 74).

Ese afrontar el vacío directamente supone ser consciente lo más posible sin querer buscar de antemano demasiadas explicaciones:

«¿Puedo estar consciente de mi aislamiento sin buscar explicaciones racionales, sin tratar de encontrar su causa, simplemente observarlo y, en esa observación, descubrir que el escape se produce mediante el apego a una idea, a un concepto, a una creencia? ¿Puedo estar consciente de esa creencia y de cómo es ella un escape?» (*El amor y la soledad*, p. 185).

Ese no buscar explicaciones supone perder el miedo al vacío y mirarlo de frente. El temor enturbia la visión. Y también una postura de juicio o crítica de la soledad como algo precioso. Este es un sentimiento por el que pasa todo ser humano y ha de ser abordado sin miedo, ni actitud condenatoria alguna:

«¿Cómo habérmelas con ello? ¿Cómo sacarlo a la luz y resolverlo completamente? Además, toda mi tendencia es condenar, ¿no es así? Me atemoriza lo que desconozco, y el temor es el resultado de condenar. Después de todo, no conozco la naturaleza de la soledad; de hecho, no sé lo que es. Pero mi mente la ha juzgado diciendo que es temible. Tiene opiniones sobre el hecho,

tiene ideas acerca de la soledad. Y son estas ideas, estas opiniones, las que generan el temor y me impiden mirar realmente esa soledad.

Espero estar expresándome claramente. O sea: me siento solo y eso me atemoriza. ¿Cuál es la causa del temor? ¿No es porque ignoro cuáles son las implicaciones que contiene la soledad? Si conociera el contenido de la soledad, no la temería. Pero, debido a que tengo una idea de lo que podría ser, escapo de ella. Lo que genera temor es el hecho mismo de escapar, no el de mirar la soledad. Para mirarla, para permanecer con ella, no puedo condenarla. Y cuando soy capaz de afrontar la soledad, soy capaz de amarla, de examinarla» (*Ibidem*, p. 166).

El final de este texto marca la pauta de lo que se debe seguir haciendo para afrontar el vacío. Una profunda herida tiene que ser examinada, tratada, curada; no es bueno taparla o negarse a mirarla. Es como una enfermedad que reincede. Así habla Krishnamurti a esa mujer viuda que acude a él con su problema de soledad:

«Vamos ahora a examinar la herida. Para examinar algo, no debéis tener miedo a lo que vais a ver ¿verdad? Si teméis, no miréis; volveréis la mirada a otra parte. Cuando tuvisteis niños, los mirasteis lo antes posible después de nacer. No os preocupaba si serían feos o bellos; lo mirabais con amor, ¿verdad?...

Del mismo modo, tenemos que examinar con afecto este sentimiento de estar separado, esta sensación de aislamiento, de soledad, ¿no es así? Si tenemos miedo, ansiedad, seremos incapaces de examinarlo siquiera» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.ª parte, p. 154).

### 3. CAUSAS DE LA SOLEDAD Y EL VACÍO

Krishnamurti, una vez mostrado con pluralidad de matices el hecho de la soledad y el vacío y taponada la salida de falsas soluciones, da un paso más. Se propone ahora sondear los motivos, las causas profundas de este radical vacío. ¿De dónde viene? ¿Por qué tiene esa fuerza? ¿Cómo es que sucumbimos a él? ¿Cuáles son sus raíces para estar muy atentos a ellas? Tres son para él las causas que dan lugar a la soledad. En primer lugar, las deficientes relaciones humanas; después, la actividad egocéntrica que lleva necesariamente al aislamiento; y, por último el pensamiento que, con su carga de conocimiento del pasado, se ata inexorablemente al tiempo.

Empecemos por las relaciones humanas. Eso que llamamos vacío es el resultado final de un proceso de aislamiento al que abocan nuestras relaciones cotidianas. En éstas buscamos constantemente la exclusión ya sea consciente o inconscientemente. Queremos a las personas y las cosas en exclusiva, como adquisiciones propias: *mis* amigos, *mi* familia, *mi*, nación, etc. Esto desemboca naturalmente en el conflicto. Lo mío frente a lo tuyo. Como nada puede vivir aisladamente, surge el vacío y la soledad. Así cada uno vive confinado en su mundo de ambición, codicia, deseo de triunfar, buscando con ello la propia seguridad. Y esto lo proyectamos en los diversos aspectos de la vida y la actividad:

«¿Qué es lo que realmente ocurre en nuestras relaciones? ¿Acaso nuestras relaciones no son un proceso de autoaislamiento? ¿No es toda la actividad de la mente un proceso de autoprotección, de búsqueda de seguridad, un proceso de aislamiento? Ese pensar mismo del que decimos que es colectivo, ¿no es, acaso, también un proceso de aislamiento? ¿No es toda acción que emprendemos en nuestra vida, un proceso de autoencierro? Usted puede verlo en su propia vida diaria. La familia ha llegado a ser un proceso autoaislador y, al estar aislado, tiene que existir en oposición. De modo que todas nuestras acciones conducen al autoaislamiento, lo cual crea esta sensación de vacuidad» (*El amor y la soledad*, p. 40).

De modo que, aunque parece que estamos relacionados y en compañía, en realidad vivimos solos. Eso sí, rodeados de gente, casi atestados, como se ve en los medios de transporte, en el trabajo, en los lugares de diversión. Es esta una paradoja humana. Estar siempre en compañía de otros y sentir una terrible soledad. Y ello porque no nos relacionamos bien:

«En realidad, los seres humanos no están en absoluto relacionados, tal como ustedes no lo están. Podrán tomarse de las manos, besarse, dormir juntos, pero de hecho, si lo observamos bien a fondo, ¿hay en absoluto relación alguna? Estar relacionados significa no depender el uno del otro, no escapar de la propia soledad valiéndose del otro, no tratar de encontrar, por medio del otro, consuelo, compañía. Cuando buscamos consuelo en otra persona y dependemos de ella, etc., ¿puede haber alguna clase de relación? ¿Acaso no nos estamos usando mutuamente?» (*El amor y la soledad*, p. 93).

Y, sin embargo, la relación es la cosa más importante de la vida. Si falla aquella, falla también ésta, porque el hombre es relación y desarrolla su ser y destino en la relación:

«¿Qué es entonces la relación? A mí me parece que ésta es una de las cosas más importantes en la vida, porque el vivir es relación. Si no hay relación, el vivir no existe en absoluto; la vida se convierte entonces en una mera serie de conflictos que terminan en la separación o el divorcio, en la soledad con sus temores, ansiedades, problemas de apego, y todas las cosas envueltas en este sentimiento de hallarse por completo aislado. Estoy seguro de que ustedes conocen todo esto. Uno observa lo extraordinariamente fundamental que es la relación en la vida, y qué pocos son los seres humanos que han derribado la barrera que existe entre ellos y los demás» (*La persecución del placer*, p. 174).

Llegado a este punto, Krishnamurti concreta el problema y para no hablar de relaciones humanas en general, lo cual puede llevar a la dispersión de lo abstracto, se atiene a la relación más sencilla y primaria: la relación entre dos personas. Si el hombre acierta a tener una buena relación con otra persona, tiene ya el camino expedito para la relación con los demás y con el mundo entero. Esta relación entre dos es como la muestra de laboratorio de lo que se puede hacer ya sin problemas con el resto:

«La relación es la cosa más importante en la vida, porque si ustedes no establecen la correcta relación con un solo ser humano, tampoco pueden tenerla

con los demás. Pueden imaginar que con otro tendrán una relación mejor, pero ello está meramente en el nivel verbal y, por lo tanto, ilusorio. Si comprenden que la relación entre dos seres humanos es lo mismo que la relación con el resto del mundo, entonces el aislamiento, la soledad, tienen un significado por completo diferente» (*La persecución del placer*, p. 173).

Pero no puede haber relación entre dos seres humanos si cada uno está ocupado consigo mismo; si cada uno se interesa sólo por sus propias angustias y ambiciones, por su posición.

Pues bien, teniendo en cuenta esta relación entre dos personas, como si fuera el paradigma de las demás, Krishnamurti la escrudiña a fondo. Y dirá que si la mente no está atenta, el primer escollo que sufre esa relación es el de la dependencia. Cuando existe una profunda relación entre dos personas, es difícil que no aparezca tarde o temprano el fantasma de la dependencia. Y ello por la propia soledad y vacío con que llega el ser humano a la relación:

«Desafortunadamente, la mayoría de nosotros busca la dependencia. Queremos compañeros, queremos amigos; no queremos vivir en un estado de separación, en un estado que genera conflicto. Aquello que *es* solo y libre, jamás puede hallarse en un estado de conflicto. Pero la mente nunca puede percibir eso, nunca puede comprenderlo; sólo puede conocer la soledad del aislamiento» (*El amor y la soledad*, p. 76).

Krishnamurti llama la atención y pregunta si somos conscientes de nuestra dependencia de los demás. No diré si eso es malo o bueno, sino si somos conscientes de ello. Si lo somos, entonces, y sólo entonces, será correcto preguntar el por qué de esa dependencia:

«¿Por qué dependemos psicológicamente de algo? Sin duda porque en nosotros mismos somos insuficientes, pobres, vacíos. En nosotros nos sentimos extraordinariamente solos, y es esta soledad, esta vacuidad, esta extrema pobreza y retraimiento interiores, lo que hace que dependamos de una persona, del conocimiento, de la propiedad, de la opinión y de tantas otras cosas que se nos antojan necesarias» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 84).

Desde luego, la dependencia más importante es la que establecemos con esa única persona de la que parece depender la vida y el sentido. Pero también nos agarramos a otras cosas. Y los objetos de esa dependencia van cambiando con el tiempo, pero el problema sigue siendo el mismo:

«Dependo de mis padres cuando soy joven; y conforme me hago mayor, dependo de la sociedad, de un trabajo, de la capacidad; y cuando éstos me faltan, dependo de la fe. Siempre hay una dependencia, una fe en algo; esa dependencia me sostiene, me proporciona vitalidad, energía y, como acontece con todas las dependencias, siempre hay miedo, y de ese modo pongo en marcha el conflicto...

Dondequiera que lo intentemos, siempre existe este deseo de depender de algo, de una persona, de determinada idea, de un partido político, de un sistema o de una experiencia, para darnos fuerzas. Así que siempre tenemos una dependencia de algo para sostenernos; y como dependemos cada vez más, lo que se cultiva es el temor.



La dependencia surge porque en nosotros mismos somos insuficientes, nos sentimos solos, estamos vacíos» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 86).

En este contexto, analiza Krishnamurti el tema de la amistad pero, sobre todo, la necesidad de tener amigos. Naturalmente que la amistad es una preciosa realidad que hace la vida agradable y contribuye a la felicidad. Pero ¿con que actitud vamos a ella? Lo problemático no es tener amigos, sino la imperiosa necesidad, la ansiedad de tener amigos. ¿Qué hay bajo esa actitud?

«¿Cuál es el problema? ¿Es un problema de repudiación y temor, o es un asunto de dependencia? ¿Para qué queremos tener amigos? No es que no debamos tener amigos, mas cuando sentimos necesidad de tener amigos, cuando existe esa dependencia de otros, ¿qué es lo que ello indica? ¿No indica insuficiencia en uno mismo? ¿La soledad no indica pobreza interior? Y estando solos, siendo interiormente pobres, insuficientes, recurrimos a los amigos, al amor, a la actividad, a las ideas, a las posesiones, al conocimiento y a la técnica. Es decir, siendo interiormente pobres, dependemos de las cosas externas, por lo cual éstas se tornan muy importantes para nosotros» (*Sólo la verdad trae libertad*, p. 59).

Nos apegamos a la personas sobre todo porque en lo psicológico dependemos de ellas y cuando nuestros amigos nos rehuyen, estamos perdidos; tenemos miedo de estar solos, de quedarnos en nuestra vacuidad.

También en este contexto, hace Krishnamurti una reflexión parecida sobre la necesidad de ser amados. ¿Por qué buscamos el amor personal? ¿Por qué nos afanamos en que se nos ame? Que nos amen nuestros hijos, nuestros compañeros, nuestros amigos, nuestros discípulos. ¿Qué hay debajo de eso? Deje de pedir amor, le dijo un día Krishnamurti a P. Jayakar; déjelo de una vez. ¿Por qué se siente vacía? ¿No se valora usted lo suficiente como para no tener que estar mendigando afecto todo el santo día? Y es que el desear ser amados también aísla:

«Intentamos descubrir por qué los seres humanos son tan desesperadamente solitarios. Carecen de amor, pero deseando ser amados, se aíslan, se separan a sí mismos tanto física como psicológicamente y, en consecuencia, se vuelven neuróticos. La mayoría de la gente es neurótica, ligeramente desequilibrada, prisionera de alguna idiosincrasia particular» (*La persecución el placer*, p. 173).

Está claro que es la soledad la que nos impulsa a recurrir a los amigos, la que marca las relaciones. Por eso éstas fracasan porque no nacen de la libertad y de la plenitud, sino de la dependencia.

La segunda causa de la soledad es la actividad egocéntrica. ¿Cómo el yo produce soledad y el vacío?

«Descubro este vacío en mi mismo y dejo de huir —pues está claro que escapar es una actividad sin madurez— me doy cuenta de ello; ahí está y nada puede llenarlo. Ahora me pregunto cómo ha nacido este vacío. ¿Lo habrá producido todo mi vivir, todas mis actividades y suposiciones diarias, etc.? ¿Es que el 'yo', el 'mi', el 'ego', o como se le quiera llamar, se está aislando de sí mismo en toda su actividad? La naturaleza misma del 'mí', del 'yo', del 'ego' es el aislamiento, es separativa. Todas estas actividades han producido este estado de aislamien-

to, de hondo vacío en mí, de modo que es un resultado, una consecuencia, no algo que sea inherente a mí mismo. Veo que, mientras mi actividad sea egocéntrica y autoexpresiva, tiene que haber este vacío; veo que, para llenarlo, hago toda clase de esfuerzos ¿cosa que también es egocéntrica? y el vacío se hace más extenso y profundo» (*La libertad interior*, pp. 77-78).

Observándonos bien, uno puede ver que su actividad es egocéntrica. Pensemos continuamente en nosotros: en nuestra salud, nuestro trabajo, el futuro, la familia, la perfección espiritual; lo importante es mi yo y mi vida, mis angustias, mis problemas:

«Es esa preocupación autocentrada que opera en la vida cotidiana y en las relaciones, la que produce el aislamiento. También esto es bastante obvio, y si uno lo examina bien a fondo descubre que este aislamiento es una conciencia de estar completamente solo, separado, sin verdadera relación con nada ni con nadie. Uno puede hallarse en medio de la multitud, o con un amigo, y súbitamente sobreviene esta sensación de absoluto aislamiento, de estar por completo separado de todos» (*La persecución del placer*, p. 172).

Así, pues, la mayoría de nuestras actividades son egocéntricas. Entonces, cuando éstas desaparecen, aparece el yo solo con su vacuidad. Y esto nos produce el vértigo insoportable del vacío. En ese momento recurrimos a cualquier cosa para taponarlo enseguida:

«La soledad es el darse cuenta del completo aislamiento y ¿no son nuestras actividades autoencerradoras? Aunque nuestros pensamientos y emociones sean expansivos, ¿no son acaso exclusivos y separativos? ¿No estamos buscando predominio en nuestra convivencia, en nuestros derechos y posesiones, creando así resistencia? ¿No consideramos el trabajo como ‘tuyo y mío’? ¿No estamos identificados con lo colectivo, con el país, o con los pocos? ¿No es acaso total nuestra tendencia a aislarnos, a dividir y separar? La actividad misma del ‘yo’, en cualquier nivel, es el proceso del aislamiento; y la soledad es la conciencia del ‘yo’ sin actividad. La actividad, tanto física como psicológica, se convierte en un medio de autoexpansión; y cuando no hay actividad de ninguna especie, hay una alerta percepción de la vacuidad del ‘yo’» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.<sup>a</sup> parte, p. 95).

Todavía Krishnamurti se detiene un momento para perfilar mas la acción aislante del yo. Normalmente ésta se manifiesta como realización. El yo quiere siempre ser más; no se contenta con lo que pueda tener; y así esa realización es un pozo sin fondo porque, haga lo que haga, no consigue lo que se propone. Y tantea de muchas formas esa realización en los diversos niveles de la conciencia. Pero resulta que ese impulso se agudiza cuanto más solo y vacío se siente el yo. De modo que esa ansiedad de ser más y no parar, denota un profundo vacío:

«¿Cuándo existe el deseo de estar realizado? ¿Cuándo es uno consciente de este impulso de ser, de llegar, de realizarse? Les ruego que se observen a sí mismos. ¿Cuándo tienen conciencia de este impulso? ¿No es cuando lo observan? ¿Acaso no tienen conciencia de él cuando se sienten extraordinariamente solos, con una sensación de completa e inagotable vacuidad, una sensación de que no son nada? Tienen conciencia de este impulso de realización

sólo cuando sienten el vacío, la soledad. Y entonces persiguen la realización en innumerables formas, por medio del sexo, de la relación con la propiedad, con los árboles, con todo, en diferentes niveles de la conciencia. El deseo de ser, de identificarse, de realizarse, existe sólo cuando hay conciencia de la vacuidad y el aislamiento del 'yo'. El deseo de realizarse es un modo de escapar de eso que llamamos soledad» (*El amor y la soledad*, p. 73).

Por consiguiente, nuestro problema no es cómo realizarnos o qué es la realización. Porque ésta no existe, es una aspiración vacua, un falso reflejo. El yo no puede realizarse porque es estructuralmente vacío. Puede tener una cierta sensación de logro, de resultado, sobre todo después de un determinado esfuerzo. Pero esa sensación se diluye enseguida y aparece de nuevo el invencible estado de vacío. De nuevo comienza el proceso persiguiendo otra meta y con el mismo resultado. Y así sin fin:

«El 'yo' es, pues, el creador de esa vacuidad. El 'yo' es la vacuidad; es el proceso de autoencierro en el que tomamos conciencia de esa extraordinaria soledad que nos aísla en nosotros mismos. Dándonos cuenta de eso, tratamos de escapar mediante diversas formas de identificación. A estas identificaciones las llamamos realizaciones. En realidad, no hay tal realización, porque la mente, el 'yo', jamás puede realizarse; la propia naturaleza del 'yo' es el aislamiento, el autoencierro» (*El amor y la soledad*, pp. 73-74).

En tercer lugar, Krishnamurti aborda una tercera causa de la soledad y el vacío. Y es que hemos dado excesiva importancia a las cosas de la mente y hemos abandonado las de la vida. ¿Por qué se ha vuelto tan importante en nuestras vidas la mente, las ideas, el pensamiento, la capacidad de razonar? Eso tampoco quiere decir que debemos volvernos emocionales, sentimentales y excesivamente efusivos. Pero hemos minusvalorado estos sentimientos que son manifestaciones vitales, entre ellos el sentimiento de soledad. Ahora bien ¿puede esa soledad y vacío llenarse con alguna acción de la mente? Ordinariamente nunca nos quedamos con un sentimiento puro y simple; solemos rodearlo de pensamientos, palabras, etc., sin permanecer directamente con él:

«Nunca nos quedamos con ningún sentimiento puro y simple, sino que siempre lo rodeamos con los atavíos de las palabras. La palabra lo falsea; el pensamiento, en su torbellino, lo sume en la sombra, lo abrumba con montañas de temores y anhelos. Nunca nos quedamos con un sentimiento, sin nada más; con el odio, o con ese raro sentimiento de belleza. Cuando surge el sentimiento del odio, decimos: ¡Qué malo es!; hay la compulsión, la lucha para dominarlo, la agitación del pensamiento sobre él» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.<sup>a</sup> parte, p. 150).

Es la mente la que ha creado tanto la actividad egocéntrica, como el consiguiente sentimiento de aislamiento y vacío. Y ello porque busca una seguridad y protección incompatibles con la vida misma:

«La mente se ha condicionado a través de siglos y siglos en su urgencia de seguridad y protección; ha creado, tanto fisiológica como psicológicamente, esta actividad egocéntrica que impregna su vida diaria en 'mi familia', 'mi empleo', 'mis posesiones', y eso produce ese vacío, este aislamiento» (*La libertad interior*, p. 78).

Krishnamurti se detiene ahora en especificar cómo la mente, el pensamiento, genera la soledad. ¿Por qué existe ese vacío en todo ser humano? ¿Cómo surge?:

«¿Es la mente la que hace esto? La soledad significa aislamiento total. La causa de esta soledad, ¿es la mente, el cerebro? La mente es, en parte, el movimiento del pensar. Entonces, ¿es el pensamiento que hace esto? ¿Está el pensamiento creando, produciendo en la vida cotidiana esta sensación de aislamiento? ¿Me estoy aislando porque en la oficina quiero llegar a ser más importante, llegar a ejecutivo, o en la iglesia llegar a obispo o a papa? El pensamiento trabaja todo el tiempo aislándose» (*El amor y la soledad*, p. 106).

El pensamiento está operando siempre para llegar a ser superior, más grande y así va aumentando el aislamiento. El problema es por qué hace esto ¿Es la esencia del pensamiento trabajar para sí mismo? ¿Es su naturaleza crear este aislamiento?:

«Ahora hemos llegado al punto de preguntarnos por qué el pensamiento, siendo un producto de fragmentación, genera este aislamiento —si es que lo genera—. En la conversación que sostuve conmigo mismo, he descubierto que sí, que lo genera, porque he visto que el pensamiento es limitado, que está atado al tiempo, que todo cuanto hace tiene que ser limitado y que en esa limitación ha encontrado la seguridad. Ha encontrado la seguridad diciendo: ‘Tengo una profesión especial en la vida’, diciendo: ‘Soy un profesor y así estoy perfectamente seguro’. Y uno se queda clavado ahí por el resto de su vida. En eso hay una gran seguridad psicológica, así como una seguridad factual» (*El amor y la soledad*, p. 107).

Entonces el problema que ahora se plantea es éste: ¿puede el pensamiento darse cuenta de que él es limitado y, por consiguiente, fragmentario y aislante? Si es así, si el pensamiento se da cuenta de su propia limitación, entonces el problema se resuelve. Porque, al verlo él mismo, percibirá su propia limitación y entonces se detendrá. No habrá necesidad de que alguien se lo imponga. Lo ve él mismo y basta. Así no habrá conflicto porque el yo le imponga al pensamiento una determinada consigna. Dicho de otro modo, si la conciencia se da cuenta de la propia limitación, no tiene que venir el yo desde fuera a imponerle nada. Si el pensamiento se da cuenta de su pequeñez, no pretenderá ser algo extraordinario, noble, divino. Pero eso es algo que tiene que verlo el y no por una influencia o presión externa. Es el quien tiene que verlo. Haga lo que haga, incluso su adoración a Dios, es algo limitado, vulgar y mezquino. Entonces él mismo se pone fin:

«En mi conversación conmigo mismo, ha surgido el descubrimiento de que la soledad es creada por el pensamiento. Y el pensamiento mismo se ha dado cuenta ahora de que es limitado y que no puede resolver el problema de la soledad, ¿existe la soledad? El pensamiento ha generado este sentimiento de soledad. El pensamiento se da cuenta de que es limitado y de que, por ser limitado, fragmentario, por estar dividido, ha creado sensación de vacío interno, esta soledad. Por lo tanto, cuando el pensamiento se da cuenta de esto, la soledad no existe» (*El amor y la soledad*, p. 109).

Por último, en este punto, Krishnamurti señala otra incidencia del pensamiento y su contenido con respecto a la soledad. Lo que llamamos soledad

interna es un sentimiento de miedo respecto a lo conocido. Son esas experiencias de soledad habidas en el pasado que el pensamiento se encarga de ponernos delante provocando de nuevo ese sentimiento. Recordamos con cierta continuidad esas experiencias que tuvimos de vernos solos en ciertos momentos, inválidos psicológicamente, aislados en nuestra indigencia. Todo esto es lo que el pensamiento cultiva y proyecta en el futuro, tratando de asimilar lo desconocido de este futuro a las experiencias pasadas. Es lo conocido lo que produce el temor a la soledad interna. Lo conocido mirando hacia lo desconocido produce temor; es esta actividad lo que causa miedo. Comparamos la soledad interna con las cosas que conocemos por experiencia. Son estas experiencias las que causan el temor de algo que realmente no hemos experimentado en absoluto. Así habla Krishnamurti a esa mujer adulta y formada que acude a él pidiendo ayuda:

«Vuestro temor no es, pues, de la soledad interna, sino que el pasado tiene miedo a algo que realmente no conoce, que no ha experimentado. Lo pasado quiere absorber lo nuevo, convertirlo en una experiencia. Pero ¿puede el pasado, que sois vos, experimentar lo nuevo, lo desconocido? Lo conocido puede experimentar tan sólo aquello que es de sí mismo, nunca podrá experimentar lo nuevo, lo desconocido. Al dar nombre a lo desconocido, al llamarlo soledad interna, no habéis hecho más que reconocerlo verbalmente, y la palabra ocupa el lugar de la vivencia; porque la palabra es la pantalla del miedo. La expresión ‘soledad interna’ está tapando el hecho, lo que es, y la palabra misma está creando temor» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.ª parte, p. 243).

Lo conocido, la experiencia pasada, trata de absorber lo que se llama soledad interna. Pero no puede experimentarla, porque no sabe lo que es. Conoce el término pero no lo que significa. Lo desconocido no puede experimentarse. Uno puede especular sobre el o tenerle miedo. Pero el pensamiento no puede comprenderlo porque él es sólo resultado de lo conocido, de la experiencia. Y como no puede conocerlo, le tiene miedo:

«Sea lo que fuere lo que haga el pensamiento con respecto a la soledad interna, será una evasión, un eludir lo que es. Al evitar lo que es, el pensamiento crea su propio condicionamiento, que impide experimentar lo nuevo, lo desconocido; el pensamiento puede llamarlo de diversas maneras, pero seguirá siendo temor. Ved simplemente que el pensamiento no puede actuar sobre lo desconocido, sobre lo que está tras la expresión ‘soledad interna’. Sólo entonces se despliega lo que es, y es inagotable» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.ª parte, p. 244).

#### 4. LA COMPRESIÓN DE LA SOLEDAD

En este punto del camino, Krishnamurti ha descartado la huida de la soledad como solución; ha sondeado las causas de ese vacío que parece una sombra que nos sigue y de la que no podemos desprendernos; y ha manifestado de muchas formas que nada positivo podemos hacer ante esta realidad. ¿Qué queda entonces? Aquí se despeja nuestro caminar. Es preciso ver, mirar, observar ese

vacío y esa soledad tratando de comprenderla, no de huir ni de solucionarla. Sencillamente verla sin motivación, sin ánimo de combatirla, juzgarla o transformarla; o sea, observarla, vigilarla, estudiarla. La mente sabe que no puede hacer nada. El pensamiento no puede tocar eso, pues si lo toca engendra más vacío. «De manera que observando con cuidado y objetividad se ve todo el proceso y el hecho mismo de verlo es suficiente» (*La libertad interior*, p. 79). Como uno está en la actitud de que no hace falta pensar en una solución o salida, está en condiciones de mirar aquello de lo que hasta ahora se estaba tratando de huir. Ya no hay miedo, lo cual es esencial para poder ver. Y así se mira ese sentimiento de vacío de manera directa:

«Y cuando miráis este sentimiento del mismo modo directo, ¿qué ocurre? ¿No encontráis que el sentimiento mismo no es terrible, sino que lo es solamente lo que *pensáis* sobre el sentimiento? Es la mente, el pensamiento, lo que trae el temor al sentimiento, ¿no es así?» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.ª parte, p. 156).

Krishnamurti especifica más esa mirada directa al sentimiento de soledad:

«Es como ver una cobra. Una vez que la hayáis visto, ya no podéis equivocaros; no tenéis que depender de nadie que os diga lo que es una cobra. Del mismo modo, una vez que habéis comprendido este sentimiento, esa comprensión estará siempre con vos; una vez que hayáis aprendido a mirar, tenéis la capacidad de ver. Pero tenemos que pasar por este sentimiento e ir más allá de él, porque hay mucho más que descubrir. Hay una soledad que no es este sentimiento de soledad, esta sensación de aislamiento» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.ª parte, p. 156).

Esa mirada es la vía que conduce a la comprensión del vacío. Ésta postula toda la atención sobre el problema:

«Si hemos de comprender algo, debemos concederle toda nuestra atención. Y ¿cómo podemos conceder plena atención a la soledad si le tenemos miedo, si escapamos de ella mediante alguna distracción? Así, pues, cuando realmente queremos comprender la soledad, cuando nuestra intención es investigarla plenamente, completamente, porque vemos que no puede haber creatividad en tanto no comprendemos esa insuficiencia interna que es la causa fundamental de temor, cuando hemos llegado a ese punto, toda forma de distracción toca a su fin, ¿verdad?» (*El amor y la soledad*, p. 70).

Por tanto, es importante comprender esta soledad porque, al hacerlo, ya no utilizamos más cosas para salir de ella:

«¿No es muy importante que yo comprenda esta soledad, esta aflicción, este dolor de la extraordinaria vacuidad interna? Porque si comprendo eso, tal vez no utilice nada con el fin de encontrar la felicidad. No usaré a Dios como un medio de adquirir la paz, ni usaré un ritual para tener más sensaciones, exaltaciones, inspiraciones. La cosa que está devorando mi corazón es este sentimiento de miedo, mi soledad, mi vacío interno. ¿Puedo comprender eso? ¿Puedo resolverlo?» (*El amor y la soledad*, p. 165).

Entonces al comprender la vacuidad, la mente la observa sin miedo y sin evaluación. Y así está ya en condiciones de afrontar su realidad, lo que es. Y este

afrontar lo que es, es abandonar las interpretaciones que se han dado respecto al problema:

«Ahora bien, ¿qué entendemos cuando decimos que estamos afrontando *lo que es*? ¿Lo estamos encarando, mirando, si siempre estamos dándole un valor, interpretándolo, si tenemos opiniones al respecto? Es evidente que las opiniones, los valores, las interpretaciones, sólo impiden que la mente mire el hecho. Si usted quiere comprender el hecho, no sirve de nada tener una opinión al respecto. Por lo tanto, ¿podemos mirar sin evaluación alguna el hecho de nuestra vacuidad psicológica, de nuestra soledad, la cual engendra tantos otros problemas?» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 85).

La dificultad está en nuestra incapacidad para mirarnos a nosotros mismos sin condena ni comparación, porque a todos se nos ha enseñado a hacer eso. La mente solo es capaz de mirarse a sí misma cuando ve la futilidad y el absurdo de todo eso. Entonces cuando desaparece ese temor a la soledad y el vacío, éstos comienzan a dejar de ser tales.

Pero todavía Krishnamurti ahonda en la naturaleza de la comprensión porque se le han puesto demasiados obstáculos. Uno de ellos, y que es muy difícil verlo, dado nuestro hábito, es la utilización de la palabra como medio de eludir la realidad que significa. Es decir, nos quedamos con las palabras soledad y vacío sin llegar a la realidad a la que aluden. Krishnamurti insiste mucho en ello ante el asombro que nos causa a los occidentales. La verbalización de algo es uno de los mayores obstáculos para la comprensión:

«¿Qué es la soledad, o sea, la soledad del dolor, del aislamiento? Para comprenderla, no debemos darle un nombre. El sólo nombrarla, la asociación misma del pensamiento con otros recuerdos de eso que nombramos, acentúa la soledad. Experimente con ello y véalo» (*El amor y la soledad*, p. 195).

Pero Krishnamurti va dando razones de por qué el nombrar la soledad y el vacío aleja de su significado. Y señala la absorción de la realidad que lleva a cabo la verbalización en cualquier caso, pero concretado ahora en la soledad:

«Entonces, si investigamos esto más profundamente aún, aparece el problema de saber si eso que llamamos soledad es algo real o si es tan sólo una palabra. ¿Es la soledad un hecho, o es meramente una palabra que encubre algo que tal vez no sea lo que pensamos que es? ¿No es la soledad un pensamiento, el resultado del pensar? O sea, el pensar es verbalización que se basa en la memoria; ¿acaso no es con esa verbalización, con ese pensamiento, con esa memoria, que miramos el estado que llamamos *soledad*? El hecho mismo de dar un nombre a ese estado puede ser la causa del temor que nos impide mirarlo más detenidamente; y si no le damos un nombre, el cual es fabricado por la mente, ¿existe, entonces, ese estado de soledad?» (*El amor y la soledad*, p. 71).

En este texto está mostrando que nuestro inveterado hábito de nombrar es un procedimiento para no afrontar la realidad. La soledad será otra cosa si somos capaces de eliminar lo que lleva consigo el proceso de su nominación. Las palabras mismas «soledad» y «vacío» son lo verdaderamente perturbador, no la rea-

lidad a que aluden. Asociamos esas palabras con ese sentimiento que nos invade. Y entonces las palabras son el obstáculo para llegar a aquél:

«Ahora bien, así como el nombre de vuestro hijo no os impide percibir y comprender sus verdaderas cualidades y constitución, así también no debéis dejar que palabras tales como ‘aislamiento’, ‘soledad’, ‘temor’, ‘estar separada’, estorben vuestro examen del sentimiento que ellas han llegado a representar» (*Comentarios sobre el vivir*, 3.<sup>a</sup> parte, p. 156).

Precisamente el remover el obstáculo que supone la verbalización, hace dar un paso más, y decisivo ciertamente, en la comprensión del vacío y la soledad. Y es el siguiente. Cuando el sujeto pone nombre a la soledad, lo que hace es salirse del ámbito de la realidad de ésta y hacerse diferente de ella. Con lo cual se separa y entra en conflicto con ella; no puede entenderla. El sujeto u observador también está vacío y solo; él es parte de esa soledad y no puede eximirse de ella. Cuando no existe verbalización, el yo está vacío. En el momento en que el observador verbaliza éste o lo exterioriza, él se hace diferente de ese vacío. Por lo tanto, al cesar la verbalización, el experimentador deja de separarse de la soledad, deja de huir de ella, está completamente solo. Entonces ya no hay conflicto y el problema cesa:

«¿Qué sucede entonces? Uno se queda con la vacuidad, con la soledad; y entonces surge este problema: ¿esa soledad es diferente de la entidad que se siente sola? Por cierto que no. No es que la entidad se sienta vacía, sino que ella misma es vacuidad; y la separación entre la entidad que se siente vacía y el estado que ella llama ‘vacuidad’, surge tan sólo al dar a ese estado un nombre, al aplicarle un término, un rótulo. Cuando no nombréis ese estado, veréis que no hay separación entre el observador y lo observado: el observador es lo observado, que es la insuficiencia. En otras palabras: cuando no hay denominación o definición, prodúcese una integración entre el experimentador y lo experimentado; y entonces podéis proceder a averiguar si esa condición que habéis estado evitando como ‘solitaria’, ‘insuficiente’, lo es realmente, o es tan sólo una reacción ante la palabra ‘solitaria’, la cual despierta temor» (*Sólo la verdad trae libertad*, pp. 60-61).

Krishnamurti insiste en este punto porque es el central para abordar el problema. El sujeto, que trata de huir de la vacuidad, no es diferente de ésta; por tanto es inútil que intente huir de ella:

«Pero la entidad no es diferente de sus cualidades. El ente que trata de llenar o rehuir la vacuidad, la implenitud, la soledad, no es diferente de aquello que está eludiendo; él es eso. No puede huir de sí mismo; todo lo que puede hacer es comprenderse a sí mismo. El es su soledad, su vacuidad; y en tanto la considere como algo separado de sí, estará en ilusión y en incesante conflicto. Cuando experimente directamente que él es su propia soledad, sólo entonces puede haber liberación del temor» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.<sup>a</sup> parte, p. 96).

Precisamente esta identidad entre el sujeto que padece la soledad y ésta misma es lo que deja abierto el camino para trascenderla:

«Cuando uno ha pasado por esta soledad, como pasaría por una puerta material, entonces comprende que uno y la soledad son una sola cosa, que uno no



es el observador que observa ese sentimiento que está más allá de las palabras. Uno es eso, y no puede escapar de eso como antes lo hacía de muchos sutiles modos. Uno *es* esa soledad; no hay manera de eludirla y nada puede abarcarla ni llenarla. Sólo entonces está uno viviendo con ello; eso es parte de uno, es la totalidad de uno. Ni la desesperación ni la esperanza pueden ahuyentarlo, ni forma alguna de cinismo o de agudeza intelectual. Uno es esa soledad, las cenizas que alguna vez fueron fuego. Ésta es completa, irremediable soledad más allá de toda acción. El cerebro ya no puede inventar más formas y medios de escape; él es el creador de esta soledad a través de sus incesantes actividades de autoaislamiento, de defensa y agresión. Cuando el cerebro se da cuenta de esto, negativamente, sin preferencia alguna, entonces está dispuesto a morir, a permanecer totalmente quieto, inmóvil» (*Diario I*, p. 134).

Pues bien, ese nuevo ámbito al que accede la identificación entre sujeto y soledad es el de la comunión y amor entre ambos. Lo cual es entrar verdaderamente en la comprensión:

«De la misma manera, para conocer la naturaleza de esa cosa que llamamos soledad, uno tiene que estar en comunión con ella, y la comunión no es posible si la nombra. Para comprender algo, primero debemos dejar de nombrarlo. Si de algún modo queremos comprender a nuestro pequeño hijo —cosa que pongo en duda— ¿qué hacemos? Lo miramos, lo vigilamos en sus juegos, lo observamos, lo estudiamos. En otras palabras, amamos aquello que queremos comprender. Cuando amamos algo, naturalmente hay comunión con ello, pero el amor no es una palabra, un nombre, un pensamiento. Uno no puede amar eso que llama *soledad*, porque no tiene plena conciencia de ello, lo aborda con temor» (*El amor y la soledad*, p. 43).

La comunión directa con la soledad conlleva el amor y con eso se está cerca de la solución del problema:

«Sólo cuando la mente no escapa en ninguna forma, es posible estar en comunión directa con esa cosa que llamamos soledad, y para estar en comunión con ella, tiene que haber afecto, tiene que haber amor. En otras palabras, debemos amar la cosa para comprenderla. El amor es la única revolución» (*El amor y la soledad*, p. 44).

Y cuando ha aparecido el amor, entonces la soledad se diluye porque amor y soledad no pueden ir juntos:

«El amor y la vacuidad no pueden morar juntos; cuando está la sensación de soledad, el amor no está. Podéis ocultar la vacuidad bajo la palabra ‘amor’, pero cuando el objeto de vuestro amor no está más o no responde, entonces conocéis la vacuidad, os sentís frustrados» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.ª parte, p. 96).

Llegado a este punto Krishnamurti describe con varios matices lo que significa la superación de la soledad. No habiendo deseo de escapar de ella, de lo que es; no habiendo ya cuidado, entonces ocurre la transformación de lo que es, de la soledad:

«Si habéis seguido todo el proceso, veréis que no habiendo deseo alguno de escapar a lo que *es*, no hay miedo; y entonces ocurre una transformación de lo que *es* porque entonces la mente ya no tiene miedo de ser lo que ella es.

En ese estado no hay sensación alguna de estar solo, de ser insuficiente: es lo que es. Si proseguís más profundamente, veréis que la mente ya no rechaza ni acepta ese estado, y por lo tanto está quieta; y sólo entonces es posible estar libre de aquello que ha sido calificado como soledad o insuficiencia. Para llegar a eso, empero, es preciso que comprendáis todo ese proceso de la insuficiencia interior, de la evasión y de la dependencia. Debéis ver cómo la evasión y los medios de evasión tórnense mucho más importantes que la cosa de la cual escapáis» (*Sólo la verdad trae libertad*, p. 61).

Otra forma de describir ese estado de transformación a que ha conducido la comprensión del vacío es el silencio. Krishnamurti valora mucho este silencio. Es un estado interno de paz donde brotan al mismo tiempo la paz, el amor, la belleza y la eternidad. La mente se ha aquietado después del proceso descrito y se encuentra serena; así llega el silencio. En él no hay soledad, cuando adviene, en ese silencio de la mente hay belleza y amor que pueden o no expresarse.

A partir de aquí, el vacío y la soledad que hasta ahora han sido una fuerza de nihilidad y aislamiento, se convierten, por obra de la comprensión, en un espacio fecundo donde brota el amor, el silencio, la belleza y lo eterno. Es una inmensa serenidad no deseada ni forzada, sino fruto de la comprensión del vacío:

«El problema no es cómo penetrar en este silencio, en este estado creativo del ser, sino percibir si éste ha surgido por obra de la comprensión, o a causa de la persuasión y la influencia; si advino gracias a su propia búsqueda cuidadosa y prudente, o a causa del anhelo. Si este vacío de silencio ha llegado a usted gracias a su propia comprensión, entonces tiene gran importancia; si es meramente intelectual o verbal, entonces no tiene importancia alguna. No hay comprensión intelectual; la comprensión existe cuando todo el ser está alerta» (*Obras completas*, tomo IV, *El observador es lo observado*, p. 178).

En una palabra, la comprensión ha hecho a la mente sencilla, libre, ausente de esfuerzo. Cuando se ha volcado el ser en la comprensión de lo que es, del vacío, en esa entrega adviene un silencio y con él un vacío nuevo y límpido que muestra lo real, el amor y la belleza. Por eso los hombres que llegan a este verdadero vacío han liberado su corazón y su mente del dolor de la soledad. Son verdaderos seres humanos que descubren por sí mismos la realidad, lo eterno. Así resume Krishnamurti esta larga trayectoria realizada por la mente hasta ahora:

«Desde esta aislante soledad, desde estas cenizas, nace un movimiento nuevo, el movimiento de lo que es libremente solo. Es ese estado en el que todas las influencias, toda compulsión, toda forma de búsqueda y realización han cesado natural y completamente. Es la muerte de lo conocido. Sólo entonces tiene lugar el eterno viaje de lo incognoscible. Entonces hay un poder cuya pureza es creación» (*Diario I*, p. 134).

Ya en estos últimos textos se ve con claridad el paso que Krishnamurti ha dado desde la soledad dolorosa a la soledad creativa que ahora es preciso dilucidar.

## 5. SOLEDAD AISLANTE Y SOLEDAD CREATIVA

Después de haber encarado la soledad negativa en sus matices y cualidades, Krishnamurti muestra el panorama que se abre a la mente, al trascender aquélla. Y en primer lugar, compara esa soledad que aísla con la soledad creativa que se muestra ahora. Y, para ello, las distingue escrupulosamente:

«Por cierto, hay una diferencia entre ese estado de soledad (*loneliness*), que implica sentirse solo, solitario (*lonely*), y el otro estado que implica ser solo, libre, no depender de nadie (*alone*). La primera de las soledades es la esencia del proceso de autoaislamiento. Cuanto más consciente es uno del sí mismo, tanto más aislado está, y la conciencia del 'yo' es el proceso de aislamiento. Pero la otra soledad (*aloneness*) no es aislamiento, y existe sólo cuando ha dejado de existir la soledad del aislamiento. Es un estado en el que ha llegado completamente a su término toda influencia, tanto la externa como la interna de la memoria; y sólo cuando la mente se halla en ese estado de soledad creativa, puede conocer lo incorruptible. Pero para llegar a eso, debemos comprender la soledad que implica este proceso de aislamiento constituido por el 'yo' y sus actividades. Así, pues, con la comprensión respecto del 'yo', comienza a terminarse el aislamiento y, por lo tanto, llega a su fin el estado de soledad que el aislamiento origina» (*El amor y la soledad*, p. 71).

En este texto aparece bien clara la estructura de cada una de esas soledades. Pero bien entendido que es difícil llegar a la soledad creativa si no se ha pasado por la soledad aislante. Más aún, el haber tocado y gustado la soledad sonora no inmuniza, para lo sucesivo, de volver a experimentar la soledad aislante. En la realidad conviven, pero cuando se ha experimentado el hálito renovador de la soledad creativa, la mente está alerta para que se allanen los obstáculos que impiden su aparición. Uno ha picado el anzuelo y ya sabe distinguir la soledad que aísla y la que plenifica. Y eso basta. Porque la soledad auténtica llega ella sola como un don venido gratuitamente de lo alto. Es una delicia dejarle a Krishnamurti expresar esto:

«Caminando, rodeado por estas violáceas y desnudas montañas rocosas, súbitamente advino la soledad. Completa soledad. Estaba en todas partes y tenía una inmensa, insondable riqueza; poseía esa belleza que está más allá del pensamiento y del sentimiento. No estaba quieta; era algo viviente, en movimiento, que llenaba cada rincón y escondrijo. La cima de la alta montaña rocosa fulguraba con el sol poniente, y esa misma luz y color colmaba los cielos de soledad.

Era un estado singular de soledad, no de aislamiento sino de soledad, como una gota de lluvia que contiene en sí todos los mares de la tierra. No era alegría ni tristeza, sino plena soledad. No tenía cualidad, forma ni color, que harían de ella algo reconocible, mensurable. Vino como un relámpago y sembró su semilla. No germinó, pero ahí estaba en toda su plenitud. No existía el tiempo para que hubiera maduración; el tiempo tiene sus raíces en el pasado. Este era un estado sin raíces y sin causa. Un estado totalmente 'nuevo' que nunca ha sido y nunca será, porque es algo vivo...

Sin relación alguna con estos rodeos y retorcimientos de la conciencia autocontaminada, por completo diferente es *esta* inmensa soledad. Toda creación tiene lugar en ella. La creación destruye, y así ella es siempre lo desconocido» (*Diario I*, p. 21).

Es una descripción rayana en lo místico. Pero es la experiencia liberadora después de haber pasado por el túnel de la soledad del aislamiento cuyas características vuelve a señalar:

«El aislamiento es lo conocido, y así es la soledad que procede del aislamiento; son estados reconocibles porque han sido experimentados con frecuencia, real o imaginariamente. Su misma familiaridad engendra temor y cierto menosprecio santurrón, de lo cual surgen el cinismo y los dioses. Pero este auto-aislamiento y su soledad, no conducen a la vital y madura soledad; debe terminarse con ellos, no con el fin de ganar algo, sino que deben morir tan naturalmente como el marchitarse de una flor. La resistencia engendra temor pero también aceptación. El cerebro debe lavarse a sí mismo y quedar limpio de todos estos astutos artificios» (*Diario I*, p. 21).

En referencia a una y otra soledad, Krishnamurti ha dicho que superando la soledad o soledad aislante se llega a la soledad creativa. Pero no están en oposición. No existe entre ellas una relación dialéctica. La soledad creativa no es una reacción a la otra. Es un estado libre, nuevo, creativo. No depende de otra cosa. Se manifiesta como un don que no exige precio alguno:

«La otra soledad, la soledad, es un problema de aislamiento, un aislamiento que buscamos en todas nuestras relaciones y que es la esencia misma del 'yo': *mi* trabajo, *mi* naturaleza, *mi* deber, *mi* propiedad, *mi* relación. El proceso mismo del pensar, que es el resultado de todos los pensamientos e influencias del hombre, conduce al aislamiento...

La soledad creativa, libre, no es un aislamiento, no es lo opuesto de la soledad; es un estado del ser que adviene cuando toda experiencia y todo conocimiento se hallan ausentes» (*El amor y la soledad*, p. 196).

La soledad creativa es, pues, un estado mental que no depende de estímulos o conocimiento. Ni es resultado de experiencias o conclusiones. Es psicológicamente libre pues no busca placer, consuelo o gratificación.

Y aquí es donde Krishnamurti señala que esta soledad creativa no requiere proezas o esfuerzos para llegar a ella. Sólo necesita la liberación de las múltiples influencias sobre la mente. Entonces esa mente no está contaminada:

«Nosotros no estamos internamente solos. Somos el resultado de un millar de influencias, un millar de condicionamientos, de herencias psicológicas, propaganda, cultura. No estamos solos; por lo tanto, somos seres de segunda mano. Cuando uno está internamente solo, totalmente solo, cuando no pertenece a ninguna familia aunque pueda tener una familia, cuando no pertenece a ninguna nación, a ninguna cultura, a ningún compromiso en particular, existe el sentimiento de ser un extraño, extraño a toda forma de pensamiento, de acción, de familia, de nación. Y únicamente aquel que está absolutamente solo de este modo, es inocente. Esta inocencia es lo que libera del dolor a la mente» (*El libro de la vida*, 5 de diciembre).

Justamente, cuando la mente es capaz de desprenderse de esas influencias, y estar sola, únicamente entonces, brota la creatividad:

«Somos el resultado de un proceso total compuesto de influencias económicas, sociales, climáticas y otras influencias ambientales, y en tanto estamos

influenciados, no estamos verdaderamente solos. Mientras exista el proceso de acumulación y experiencia, no puede existir jamás la soledad creativa. Uno puede imaginar que, aislándose mediante estrechas actividades individuales, personales, vive este estado de soledad; pero ésa no es la soledad creativa, la cual puede existir sólo cuando no existen las influencias. Esta soledad es una acción que no es el resultado de una reacción ni es la respuesta a un reto o a un estímulo» (*El amor y la soledad*, p. 196).

No sabemos estar solos porque somos ese conjunto de influencias sobre nosotros y tememos que, al despegarnos de éstas, nos quedemos sin nada. Y huimos de esa desnudez que parece que anula nuestro ser. Pero es todo lo contrario: desprenderse de esas influencias nos introduce en la realidad y en la creatividad:

«Ahora bien, ¿no debemos, acaso, estar solos? Actualmente, no estamos solos, somos un mero haz de influencias sociales, religiosas, económicas, hereditarias, climáticas. A través de todas esas influencias, tratamos de encontrar algo más allá y, si no podemos encontrarlo, lo inventamos y nos aferramos a nuestras invenciones. Pero, cuando comprendemos todo ese proceso en los diferentes niveles de nuestra conciencia, entonces, al liberarnos de él, hay una soledad exenta de toda influencia; o sea, la mente y el corazón ya no están más moldeados por los acontecimientos externos o las experiencias internas. Únicamente cuando existe esta soledad creativa, es posible encontrar lo real» (*Liber-tad total*, pp. 265-266).

Así que la mente ha de rebelarse para comprender el impacto que sobre ella ejercen las influencias; pues éstas tratan de interferirla, controlarla y moldearla. Y una mente influenciada es una mente mediocre, confusa, falta de clarividencia y seguridad en sí misma. Además esas influencias diversas causan contradicciones en ella. Pues cada una de aquéllas secuestra la energía de la mente en una dirección causando el caos y el desorden. Cualquier opción por alguna de esas influencias es un estado de mediocridad y de erosión de la propia creatividad. La mente debe pues estar sola en este sentido, lo cual implica un estado de creatividad:

«A solas tiene un sentido distinto; a solas tiene belleza. Estar a solas significa algo completamente diferente. Y hay que estar a solas. Cuando el hombre se libera de la estructura social de la codicia, la envidia, la ambición, la arrogancia, el éxito, el estatus, cuando se libera de esas cosas, entonces está completamente a solas. Eso es algo muy distinto. Entonces hay gran belleza, la sensación de tremenda energía» (*Reflexiones sobre el ser*, p. 81).

Concretando más el significado de esta soledad, Krishnamurti destacará un detalle precioso. Ese estar a solas significa vivir consigo mismo tal uno es, sin temores, proyecciones ni justificaciones:

«En esta soledad usted empezará a comprender la necesidad de vivir consigo mismo tal como es, no como cree que debería ser o como ha sido. Vea si puede contemplarse sin ningún temblor, ninguna falsa modestia, ningún temor, ninguna justificación o condena, y viva consigo mismo tal como es realmente» (*Limpia tu mente*, p. 88).

Tanto este texto como el inmediato anterior muestran la riqueza de la soledad. Esta es la puerta que da acceso no sólo a la creatividad, la belleza y la energía sino también a la verdadera religiosidad:

«Ahora bien, una mente presa en este estado de soledad, en este estado de aislamiento, no puede comprender jamás qué es la religión. Puede tener creencias, ciertas teorías, conceptos, fórmulas, puede tratar de identificarse con eso que ella llama Dios; pero la religión, a mi entender, no tiene nada que ver con ninguna creencia, con ningún sacerdote, con ninguna iglesia ni con los así llamados libros sagrados. El estado de la mente religiosa puede ser comprendido sólo cuando empezamos a comprender qué es la belleza; y la comprensión de la belleza debe ser abordada desde la total soledad. Cuando la mente está por completo sola, únicamente así y en ningún otro estado, puede saber qué es la belleza» (*El libro de la vida*, 2 de diciembre).

Después de este recorrido, Krishnamurti sintetiza los diversos aspectos de la soledad creadora en un concepto que los unifica. Es la unitotalidad. Quizá sea la palabra que más destaque la capacidad de comunión que conlleva la soledad verdadera. Aunque parezca lo contrario, la soledad creadora unifica al ser con el resto del universo. Es ser uno en todos:

«Esta unitotalidad no es dolorosa, temible soledad. Es la unitotalidad del ser; es incorruptible, rica, completa. Ese tamarindo no tiene otra existencia que la de ser él mismo. Así es esta unitotalidad. Uno está solo, como el fuego, como la flor, pero no se da cuenta de su pureza y de su inmensidad. Uno puede verdaderamente entrar en comunión sólo cuando hay unitotalidad. Ser unitotal no es el resultado de la negación, del autoencierro. La unitotalidad es la extinción de todos los motivos, de todas las persecuciones del deseo, de todos los fines. La unitotalidad no es un producto final de la mente. No podéis desear ser unitotales. Tal deseo es simplemente un escape a la angustia de no ser capaz de comunión» (*Comentarios sobre el vivir*, 1.ª parte, p. 15).

Es este el final del proceso de la soledad: ser uno en todo, en comunión con todo. Dicho así, pudiera parecer que esta soledad es algo privilegiado, de unos pocos afortunados. Pues no. Puede acceder a ella quien se lo proponga con clarividencia. No se trata de retirarse al desierto o a un monasterio. Es sencillamente estar a solas consigo mismo lejos de influencias, tradiciones, experiencias, conocimientos... Es la soledad que ha muerto al pasado y trae inocencia introduciéndose en el reino de la creatividad, la belleza y la religiosidad.

Llegado a este punto, Krishnamurti aborda en el mismo sentido el problema del vacío. Soledad y vacío han sido las dos realidades tratadas hasta ahora. Acaba de mostrar el paso de la soledad del aislamiento a la soledad creativa. Pues ahora hace otro tanto con el vacío: el paso del vacío lacerante y nihilista al vacío de la creatividad y plenitud. Conectando con lo que antes dijo acerca de la necesidad de liberarse de las influencias para llegar a la soledad fecunda, Krishnamurti habla ahora de la necesidad de que el cerebro se purifique de los recuerdos y experiencias del pasado. Así llegará al vacío de la mente en el cual se comprende lo total:

«La purificación del cerebro es necesaria. El cerebro es el centro de todos los sentidos; cuanto más alertas y sensibles son los sentidos, tanto más agudo es el cerebro; éste es el centro de los recuerdos, del pasado; es el depósito de la experiencia y el conocimiento, de la tradición. Por tanto, está limitado, condicionado. Sus actividades son planeadas, pensadas, razonadas, pero funciona dentro de la limitación, en el espacio-tiempo. Así es que no puede formular ni comprender aquello que es total, lo íntegro, lo completo. Lo completo, lo total es la mente; ella está vacía, absolutamente vacía, y debido a esta vacuidad el cerebro existe en el espacio-tiempo. Sólo cuando el cerebro se ha limpiado de su condicionamiento, de su codicia, su envidia, su ambición, sólo entonces puede comprender aquello que es total. Esta totalidad es amor» (*Diario I*, p. 11).

Krishnamurti insiste en que la mente ha de estar quieta y vacía para poder comprender las profundidades desconocidas. Estas no se revelan en la ocupación, inquietud y superficialidad de la vida ordinaria:

«La mente está siempre ocupada con una cosa u otra, por tonta o por supuestamente importante que esa cosa pueda ser. Ella es como ese mono, está siempre inquieta, siempre parlotando, moviéndose de una cosa a otra y tratando desesperadamente de quietarse. El que se encuentre vacía, por completo vacía, no es algo temible; es absolutamente esencial para la mente estar desocupada, vacía, no forzarse, porque sólo entonces puede moverse en profundidades desconocidas. Toda ocupación es realmente muy superficial, ya sea que se trate de esa señora o del que llaman santo. Una mente ocupada nunca puede penetrar en su propia profundidad, en sus propios espacios jamás hollados. Es este vacío el que da espacio a la mente, y en este espacio el tiempo no puede entrar. En este espacio hay creación cuyo amor es muerte» (*Diario I*, p. 271).

Naturalmente, este vaciado de la mente es lo que él llama tantas veces meditación. Ésta no es concentración esforzada para llegar a no se qué idea o sentimiento preconcebido. Sino que es vaciar la mente para que surja la inmensidad de la vida:

«Meditar es vaciar la mente de todo pensamiento, porque el pensamiento y el sentimiento disipan energía; son reiterativos y dan origen a actividades mecánicas que, si bien constituyen una parte necesaria de la existencia, sólo son una parte; el pensamiento y el sentimiento no pueden penetrar en la inmensidad de la vida. Se necesita un acceso por completo diferente, no por la ruta del hábito, de la relación y lo conocido; debe haber libertad respecto de todo esto. La meditación consiste en vaciar la mente de lo conocido. Esto no puede hacerlo el pensamiento, ni las ocultas insinuaciones que provienen del pensamiento; la mente no puede vaciarse de lo conocido por medio del deseo en la forma de plegaria ni por la autodestructiva hipnosis de las palabras, imágenes, esperanzas y vanidades. Todas estas cosas deben llegar a su fin fácilmente, sin esfuerzo ni opción alguna, en la llama de la percepción alerta» (*Diario I*, p. 178).

Este precioso texto pone bien claro el instrumento para llevar a cabo ese vaciado de la mente: la percepción alerta, exenta de cualquier deseo de santidad, iluminación, ascenso o perfección. Se trata de una desnudez o vacío que donan gratuitamente la inocencia y la inmensidad. Estas cosas tan excelsas no

necesitan preparación especial ni ocultamiento expreso. Suceden en medio de la naturaleza como un fenómeno intenso y precioso, pero no místicamente rebuscado. Llega a afirmar que este vacío es la plenitud y lo despliega en este también delicioso texto:

«Y mientras uno paseaba por ese camino, tenía lugar un completo vaciado del cerebro y la mente estaba libre de toda experiencia, de todo conocimiento del ayer, aun cuando hubieran sido mil ayeres. El tiempo, producto del pensamiento, se había detenido; literalmente, no había movimiento alguno hacia delante o atrás; no había un partir o un llegar o un estarse quieto. El espacio, como distancia, no existía; estaban los cerros y los arbustos, pero no como lo alto y lo bajo. No había relación con nada, pero existía una lúcida y atenta percepción del puente y de los transeúntes. La totalidad de la mente, que incluye al cerebro con sus pensamientos y sentimientos, estaba vacía; y a causa de este vacío había energía, una energía sin medida expandiéndose en anchura y profundidad. Toda comparación, toda medida pertenecen al pensamiento y, por consiguiente, al tiempo. 'Lo otro' era la mente sin el tiempo; era el hálito de la inocencia y la inmensidad. Las palabras no son la realidad; son solamente medios de comunicación, pero no son la inocencia y lo inconmensurable. Sólo existía el vacío» (*Diario I*, p. 178).

Pero dicho esto, Krishnamurti sigue sondeando la mente y el vacío. Parece que en el texto anterior habíamos llegado al final, a la plenitud. Pues no. Porque ese sentimiento de vacío pleno puede durar unos instantes; puede durar un cierto tiempo, pero se va. *Spiritus ubi vult spirat*: el Espíritu sopla donde quiere. Y esto es ley de vida; de nuestra vida psicológica. De ahí que Krishnamurti insista en que hemos de vivir de instante en instante. El problema es que no podemos ni debemos retener ese instante o vivencia de plenitud y vacío. Hemos de dejarlo pasar y morir a él. La tentación es volverlo a suscitar. Y aquí está en guardia Krishnamurti:

«Lo que revive no es lo vivo, lo nuevo; es un recuerdo, una cosa muerta y no podéis dar vida a lo muerto. Revivir y vivir en el recuerdo es ser esclavo del estímulo y una mente que depende del estímulo, consciente o inconsciente, se embotará inevitablemente y se volverá insensible. Reavivar es perpetuar la confusión; volverse hacia el pasado muerto en el momento de una crisis viviente es buscar una norma de vida que tiene sus raíces en la decadencia. Lo que experimentasteis de joven o ayer mismo, ha pasado y se ha ido; y si os aferráis al pasado, impediréis la vivificante experiencia de lo nuevo» (*Comentarios sobre el vivir*, 2.<sup>a</sup> parte, p. 240).

Efectivamente Krishnamurti dice esas palabras del texto a un hombre maduro y formado, maestro en Artes, que tuvo esa experiencia de vacío. Habiéndose apagado tal experiencia hacía mucho tiempo, sentía la imperiosa necesidad de revivirla. Pero no hubo manera. He aquí el admirable diálogo entre ambos:

K.: «Podéis haber experimentado, en alguna ocasión, este vacío, y, habiéndolo experimentado una vez, lo anheláis ahora. La experiencia original se produjo sin que la buscarais; mas ahora la estáis persiguiendo, y lo que estáis buscando no es el vacío, sino la repetición de un viejo recuerdo. Si ha de ocurrir de nuevo, tiene que desaparecer todo recuerdo, todo conocimiento de ello;



tiene que cesar toda busca de eso, porque la búsqueda se basa en el deseo de experiencia.

O.: ¿Queréis decir realmente que no debemos buscarla? Esto parece increíble.

K.: El motivo de la búsqueda es de mayor importancia que la búsqueda misma. El motivo impregna, guía y moldea la búsqueda. El motivo de vuestra búsqueda es el deseo de experimentar lo incognoscible, conocer su dicha y su inmensidad. El deseo ha hecho surgir al experimentador que anhela experiencia. El experimentador busca una experiencia más grande, más amplia e importante. Como todas las otras experiencias han perdido su sabor, el experimentador ansía ahora el vacío; existe pues el experimentador y la cosa que ha de ser experimentada. Así se pone en marcha el conflicto entre ambas cosas, entre el que persigue y lo perseguido» (*Comentarios sobre el vivir*, p. 241).

La finura y clarividencia espiritual de Krishnamurti no se si puede ser mayor. Realmente este texto es punto culminante de esta reflexión sobre la soledad y el vacío. Parece que es muy exigente., Sin embargo sólo insiste en ser muy perspicaz, en seguir los recovecos de la mente. Y así, vigilar el deseo como fuerza que destruye nuestra inmersión en la verdadera vida. Basta con mirar. La vida se encarga del resto.

## BIBLIOGRAFÍA

- KRISHNAMURTI, *Obras completas*, Buenos Aires, Kier, 1994-2000. Tomo II, *Que es la recta razón*. Tomo IV, *El observador es lo observado*. Tomo VI, *El origen del conflicto*.
- *Reflexiones sobre el ser*, Buenos Aires, Errepan, 1999.
  - *El amor y la soledad*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
  - *Comentarios sobre el vivir*, tres tomos, Buenos Aires, Kier, 1992-1994.
  - *La libertad primera y última*, Barcelona, Kairós, 1996.
  - *La persecución del placer*, Buenos Aires, Kier, 1994.
  - *El propósito de la educación*, Barcelona, Edhasa, 1992.
  - *La libertad interior*, Barcelona, Kairós, 1994.
  - *Sólo la verdad trae la libertad*, Buenos Aires, Kier, 1994.
  - *Diario I*, México, Sudamericana, 1992.
  - *El libro de la vida*, Madrid, Edaf, 1996.
  - *Libertad total*, Barcelona, Kairós, 1997.
  - *Limpia tu mente*, Barcelona, Martínez Roca, 1999.

Profesor Emérito de la Universidad a Distancia. Madrid  
msuances@fsf.uned.es

MANUEL SUANCES MARCOS

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2011]

